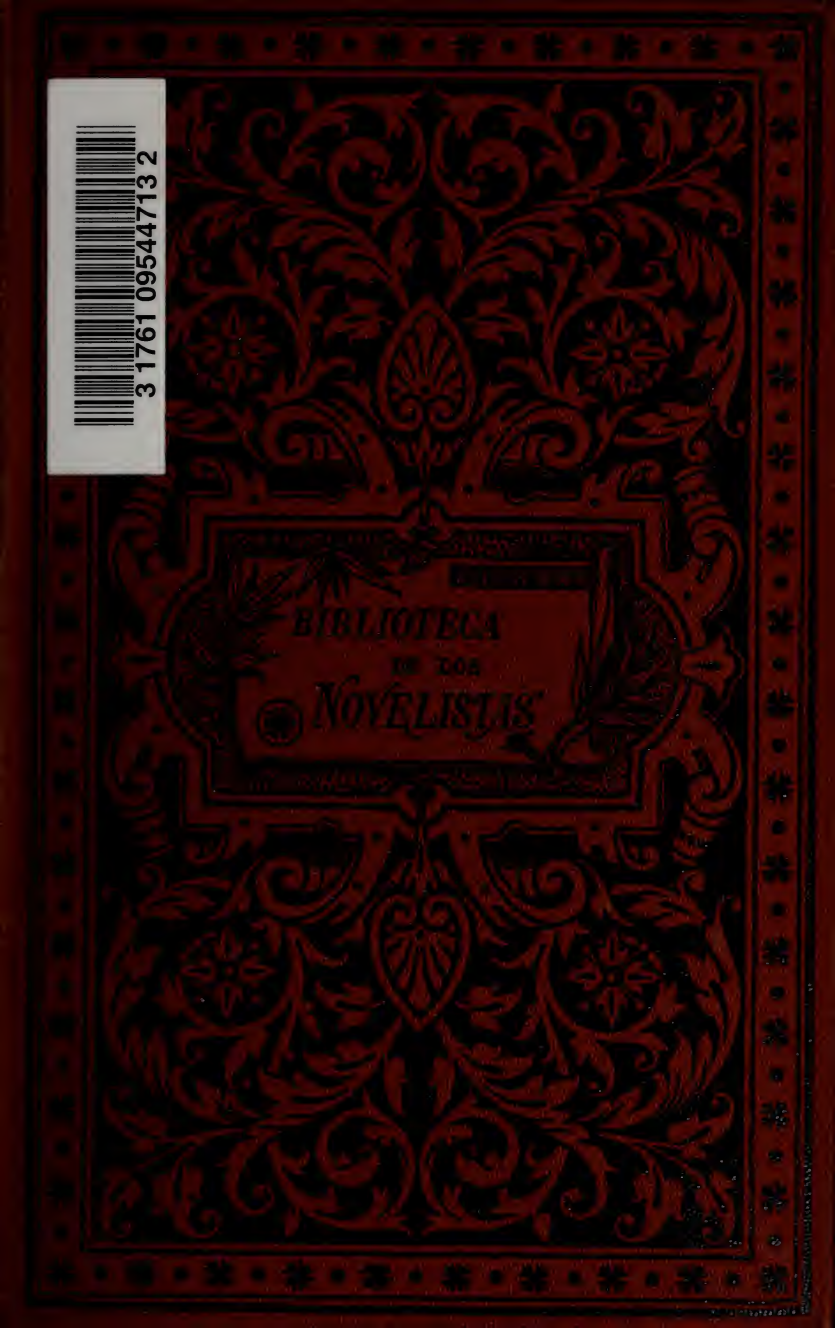

3 1761 09544713 2

EL

ALJIBE DE LA GITANA

PARIS. — IMP. SIMON RAÇON ET COMP., RUE D'ERFURTH, 1.

S.
F36742

CRONICAS ROMANCESCAS DE ESPAÑA

EL

ALJIBE DE LA GITANA

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO PRIMERO

PARIS
LIBRERIA DE ROSA Y BOURET
23, CALLE VISCONTI, 23

1868
Propiedad de los editores

20053
22/12/91
D e

CAPITULO PRIMERO

ALGO SOBRE LA ANTIGUA GRANADA

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/elaljibedelagita01fern

I

Era el año de 1494.

Estaba reciente la conquista de Granada.

Como que solo hacia dos años y cuatro meses que los Señores Reyes Católicos, de gloriosa me-

moria, habian clavado los estandartes reales de Castilla y Aragon sobre la gran torre de la Alcazaba del Castillo de la Alhambra.

Era, pues, la primavera.

Esa hermosa, esa incomparable primavera de Granada de que no puede formarse una idea quien no haya residido en aquella region maravillosa, cuando la nieve de la gigantesca montaña, cuyas cumbres son los picos de Muley-Hacen y del Veleta empiezan á fundir sus nieves que corren en límpidos raudales por las cáuces del Darro y del Genil; cuando los esbeltos álamos empiezan á tomar su fresco y puro color de esmeralda; cuando se visten de blanco los almendros y los avellanos; cuando las violetas, ocultas en la yerba húmeda por el rocío, exhalan su delicioso perfume; cuando empiezan á volar las mariposas; cuando la naturaleza, en fin, refrigerada por un sol brillante, lanza de sí el sudario del invierno y se viste de gala; cuando los ruiseñores, ocultos en-

tre el follaje, empiezan sus melancólicas serenatas nocturnas; cuando todo en fin, en los campos y en los jardines, y en las montañas, y en los valles, y en el cielo, yerbas, flores, plantas, árboles, aguas, nubes, todo es jóven pero fresco, odorífero, riente; cuando la alborada y el crepúsculo vespertino hacen sentir una languidez infinita; cuando las noches de luna son un poema encantador.

II

Granada entonces era aun completamente árabe.

Aun no habian tenido tiempo los conquistadores de destruirla.

El Albaicin era la antigua ciudad de los creyentes, con sus estrechas callejuelas formadas por

altos muros sin ventanas, ni mas que allá, en lo alto, algunos estrechos agimeces cerrados por celosías; estas casas dejaban lugar de trecho en trecho á tapias de jardines, sobre las cuales descollaban los árboles frutales, los sicomoros, las palmeras, los cipreses, los nogales, las higueras de Túnez y los azofaifos.

De trecho en trecho dobles arcadas que ponian en comunicacion las casas del un costado con las del otro, daban á estas callejuelas tortuosas, la mayor parte de ellas sin salida, un aspecto sombrío.

El pavimento no estaba empedrado y á mas los albañales vertian sobre la calle un lodo infecto.

Gran número de calles, las principales, las arterias, por decirlo así de aquel laberinto, tenian puertas forradas de hierro para la defensa en caso de una invasion del enemigo.

Estas puertas, despues de la conquista, habian sido quitadas para que los moros sometidos no

tuviesen aquel amparo en el caso de una revuelta; pero quedaban los huecos profundos donde estas puertas se habian afianzado.

Granada entonces era una acumulacion de recintos dentro de recintos, de fortalezas dentro de fortalezas.

Era muy comun ver sobre las casas atravesado todo un barrio por muros almenados y torreados, lo que hacia de la ciudad una especie de red guerrera.

Hoy todo esto ha desaparecido.

Sin embargo, acá y allá, sirviendo algunas veces de cimiento á casas modernas, se ve parte de aquellos muros rojizos.

Ya del antiguo recinto esterior no quedan mas que los muros aportillados del cerro de San Miguel y del de San Cristóbal, que unidos en una bella perspectiva con los restos del castillo de Hins-al-Roman dan á Granada un aspecto fuerte-

mente romancesco, vista desde la Vega por la parte de Sierra Elvira.

Aquellos muros rojizos y aportillados, aquellas torres, aquellas casas mezcladas de jardines, tendido todo sobre montes, al pie de otros montes mas altos, detrás de los cuales se recortan montañas azules, la alta Sierra-Nevada, siempre blanca, y la Vega con su variedad de matices salpicada de aldeas, maravillan, asombran, embriagan al viajero que las ve de improviso al montar una colina por cualquiera parte que se dirija á Granada.

Aquella es una aparicion mágica.

La Damasco de Occidente, es siempre la bella Odalisca querida del Profeta que diria un musulman.

III

En Granada, en sus buenos tiempos, las mezquitas se multiplicaban.

Cada una de estas mezquitas tenia un bello minarete, y estaba situada en una pequeña plaza.

Delante de cada ermita, habia una aljibe.

Muchas de estas mezquitas han desaparecido.

Las que no han sido convertidas en templos cristianos.

Pero casi todos los aljibes subsisten aun porque son útiles, especialmente en el Albaicin, que á causa de su altura es escaso de aguas.

Cada uno de estos aljibes tiene su tradicion.

El uno es el del Condenado, el otro el de las Aguas del Olvido, aquel el de la Bruja, esotro el Milagroso; hay por último dos: el uno es el de don Rodrigo del Campo que guarda una tradicion sombría, que contaremos en otra ocasion á nuestros lectores.

El otro es el aljibe de la Gitana que perpetua una historia conmovedora.

De este último es del que vamos á ocuparnos en este libro.

CAPITULO II

EL ARRABAL DE FAXALAUZA Y EL CÁRMEN DE LA ALEGRÍA

El aljibe de la Gitana no tiene de comun con la historia que vamos á referir mas que haber sido el funesto lugar de su desenlace.

Pero si nosotros llamásemos á este libro *Maravilla* nadie le conoceria en Granada.

Llamándole *El Aljibe de la Gitana* todos recuerdan una historia de amores tristes.

Antes de que muriese Maravilla, el aljibe á que nos referimos se llamó de los Beni-Azeytun, como si dijéramos, de los hijos del Aceitunero y del Aceitero, del nombre de una antigua mezquita á que estaba adherido el aljibe.

II

Esta mezquita estaba en el costado derecho de una plaza abierta sobre el pendiente camino de El-Fargue.

Al fondo de esta plaza se levantaba la gran torre de la puerta de Faxalauza.

Hoy esta media plaza, por decirlo así, ha desaparecido.

Ha desaparecido la mezquita con su labrado puente de herradura de ladrillo, agramilado con mosáicos, su esbelto minarete y su patio de abluciones, como asimismo la casa del sacristan.

Pero han quedado la torre con algunas almenas y la gran puerta, y á alguna distancia entre casuchos, que han sustituido á la mezquita el aljibe que es de muy bella forma árabe.

III

Pero en 1494, época de nuestra accion, todo aquello existia.

La importante puerta del Faxalauza conservaba sus altos y fuertes bastiones, su doble puerta de hierro claveteada de cobre, sus almenas puntiagudas y sus agimeces delicadamente labrados.

La mezquita era muy concurrida de los moros de aquella parte del Albaicin, porque aun todavía el arzobispo Hernando de Talavera y el inquisidor Torquemada no se habian atrevido á romper las capitulaciones de la entrega de Granada por la que se dejaba á los naturales su religion, sus leyes, su habla, su traje y sus costumbres.

IV

Por aquella parte, y por encima de la mezquita, habia un pequeño arrabal compuesto de casitas de un solo piso muy blancas, cubiertas de tejas rojizas y aisladas entre jardines.

Aquel arrabal era muy bello y muy frecuentado por galanteadores, porque las moradoras del arrabal eran muy hermosas.

Estos galanteadores eran todos alegres y locos jóvenes castellanos, hijos de las nobles familias que, despues de la conquista, habian ido á establecerse en Granada en los numerosos palacios que habian dejado los moros nobles, que por no sufrir la vergüenza del vencimiento habian pasado á Africa ó á las Alpujarras, donde vivian mejor en sus castillejos encaramados en la sierra y escondidos entre breñas.

Estos palacios y muchas tierras en la Vega y en los montes se habian vendido por muy poco dinero, y los magnates españoles, que habian elegido por lugar de residencia aquel paraiso, se encontraban muy á su gusto.

V

Habia ademas para guarnecer los cuatro ó cinco castillos de Granada y para asegurar la ciudad seis ú ocho compañías de infantería, y algunas cornetas ó escuadrones de ginetes y hombres de armas.

Los capitanes, alféreces y cabos ú oficiales de esta gente de guerra, eran para las moras una continua ocasion de corrupcion y de riña y sangre entre ellos y los padres, hermanos ó parientes de las moras seducidas, que sentian hervir su sangre árabe á impulsos de las galanterías de aquellos bizarros soldados cubiertos de galas, plumas, joyas y preseas; cada uno de los cuales era un ejemplar de este tipo, encantador y terrible

creado por el espíritu poético del pueblo español del mediodia que se llama don Juan Tenorio.

VI

Las muchachas del arrabal de Faxalauza, que tenian el privilegio de ser tenidas por las mas hermosas de las nacidas en Granada, que produce las mujeres mas hermosas, mas inteligentes y mas encantadoras del mundo, verdaderas huríes, no eran ni moras, ni castellanas, sino gitanas.

El arrabal sin embargo, no era un aduar ni una herrería.

Los gitanos de Faxalauza eran ricos, vivian holgadamente, no tenian necesidad de machacar el hierro, ni de retorcer el mimbre, ni de man-

charse las manos con aceite para hacer cordones para el pelo, ni de abandonar su residencia para buscar otra mejor: eran chalanes.

Los moros y los cristianos estimaban mas que los de ninguna otra parte los caballos, las mulas y los asnos que vendian todos los jueves en la féria en el Campo del Triunfo los gitanos de Faxalauza.

VII

Ellos trabajaban algo.

De tiempo en tiempo hacian un viaje por ganado á Córdoba, á Sevilla, á Múrcia ó á las Alpujarras.

Pero la mayor parte del año la pasaban en un

dulce ócio, escepto los jueves que iban á la féria.

La mayor parte, al menos, de las grandes ganancias, se gastaban en comilonas y en fiestas.

En cuanto á ellas, eran verdaderas damas, aunque de un género estraño.

Pero no puede menos de llamarse dama, á la que en nada se emplea, á la que viste con lujo, á la que vive con comodidades, á la que es delicada y altiva, porque es rica y hermosa.

El arrabal de Faxalauza, era lo mas alegre del mundo.

Allí la fiesta no cesaba jamás.

En las noches plácidas de primavera, ó en las mas plácidas aun del verano, refrescadas por el viento de la montaña y saturadas con el perfume de las flores y de los árboles frutales de los cármenes, no se oía otra cosa hasta el toque

de cubre-fuego, que el sonido de las guitarras, de las castañuelas y de las panderetas, y las melodías de voces admirables que cantaban la xeiz morisca, ó el lánguido fandango, ó la querellosa caña, ó la alegre tirana.

Verdad es tambien, que muchas noches, despues del toque de cubre-fuego, solia oirse espantable crugir de acero, ó el estampido de algun arcabuz que turbaba de una manera lúgubre la calma de la noche, ó algun lastimero grito de agonía que ponia los cabellos de punta á quien le escuchaba.

Acudian alcaldes y ronda, se recogia alguno ó algunos muertos ó heridos, y se encontraban siempre que ellos eran ó gitanos que habian defendido ó vengado su honra contra algun castellano ó castellanos, lo que no dejaba de ser frecuente, que se habian acuchillado por celos de alguna admirable hija de Egipto ó de la India, que no nos atrevemos nosotros á fijar la cuna de ese

pueblo errante que en ninguna otra parte se encuentra como en España.

VIII

Esta concurrencia de buenos mozos ricos, en busca de buenas mozas no pobres del arrabal, habia escitado la sed de ganancia de un tal Lucillos, vivandero viejo de los tercios castellanos, que con los buenos doblones que habia hecho durante los diez años que duró la conquista de Granada, compró un buen terreno en el centro del arrabal, labró una casa muy capaz y muy cómoda, y la rodeó de un fresco y hermoso jardin.

Aquel establecimiento, que no era otra cosa

que una hostería de carácter ambiguo, se llamó y siguió llamándose durante mucho tiempo « Cármen de la Alegría. »

Y no se le puso en vano este nombre, porque la hostería era lo mas alegre del mundo, y no se veía jamás desocupada de gente brava y galante ni de dia ni de noche.

IX

Maese Lucillos era un hombre que valia un tesoro.

Hablaba perfectamente el árabe, y era suave y blando como una anguila.

No habia carácter, por difícil que fuese, á que no se adaptase con una ductilidad admirable.

Para corredor de amores, no habia otro ni otra como él.

Él tenia olfato.

Conocia á primera vista si una doncella, casada ó viuda, ó aunque no fuese ninguna de las tres cosas, podia abordarse ó no, y daba al enamorado que de él se servia, noticias preciosas, exactas.

Si él decia á un gentil hombre:

—Señor hidalgo, no os empeñeis en deshacer un pedernal con las uñas,

Habia que atenderle, porque Lucillos no se engañaba nunca.

Y si añadia:

—Yo os procuraré, para que os consoleis, tal cosa, que os parecerá nunca vista ni oida, y que se derretirá de amor por vos,

Habia que aceptar, porque de seguro Lucillos

salia de su compromiso, procurando al enamorado inconsolable una verdadera prenda de rey, un riquísimo *bocato di cardinale*, capaz de hacer olvidar al mas perdido de amores, la ingrata mujer por quien se perdia.

Añádase á esto que en ninguna parte podian comerse mejor que en el Cármen de la Alegría, un jigote, un salpicon, una olla podrida, una empanada de liebre, ó de hígado, ó de ánade, ni podian beberse mejores vinos, á mas de que maese Lucillos fiaba, y otrosi dejaba jugar juegos de envite y no era nada escrupuloso, y se comprenderá la gran concurrencia de jóvenes hidalgos, calaveras y libertinos á su casa.

No sabemos de qué manera se las componia Lucillos, pero ello era que los alcaldes y los alguaciles, tan celosos para hacer cumplir las rígidas ordenanzas en aquel tiempo respecto á hosterías y casas de comida y de bebida, no inquietaban jamás á maese Lucillos, por mas que este se

permitiera á todas las horas de la noche recibir en su casa gente alegre, hidalgos y soldados, y aun parejas que nada tenian de edificantes.

CAPITULO III

DON DIEGO SARABIA Y SU HERMANA DOÑA ELVIRA

I

Se acababa de construir en la calle de la Cárcel Baja que se llama hoy, y que entonces se llamaba calle de los Gazules, una gran casa-solar que existe aun, á la cual fue á vivir, apenas construida, un anciano caballero que se llamaba don Mel-

chor Sarabia, personaje de gran cuantía, Comendador de Moron de la Orden de Santiago, mayorazgo y regidor perpétuo de la muy noble ciudad de Granada.

Su hijo mayor, don Gerónimo, de la Orden de Calatrava, habia hecho prodigios de valor en la conquista, y habia muerto como bravo dentro de sus armas en el cerco de la villa de Baza.

Su hijo segundo, mucho mas jóven, como que el dia en que se tomó Granada cumplió él veinte años, habia hecho tambien prodigios de valor como paje de lanza del Maestre don Alonso de Cárdenas, y por esta razon, los Reyes Católicos, no pudiendo premiar al Comendador muerto y siendo demasiado jóven don Diego para ser objeto de grandes mercedes y preeminencias, favorecieron al anciano padre dándole muy buen heredamiento en Granada, de tal manera, que se aumentó en dos partes su ya pingüe mayorazgo, y haciéndole regidor perpétuo para sí y sus

sucesores, del ayuntamiento de la ciudad de Granada.

Esto era favorecer á don Diego, puesto que muerto su padre, que era ya anciano, debia heredarle.

En efecto, la muerte del anciano sobrevino á los dos meses de haber venido á habitar su nueva casa de la calle de los Gazules.

II

Antes de morir don Melchor, asió con las suyas, débiles y frias, las manos de sus dos hijos.

De lo único que le quedaba de su larga familia.

Esto es, don Diego, que ya contaba veintidos

años, y doña Elvira, hermosísima sevillana, que solo contaba diez y ocho.

—Dios me llama á sí, dijo el anciano, y muero tranquilo, porque llevo ante Dios mi conciencia blanca como la de un niño, y el corazon lleno de dolores.

Tranquilo en cuanto á mi salvacion, porque mediante la gran misericordia de Dios, espero me recibirá en su seno.

Yo he acatado siempre su suprema voluntad.

Cuando ví entre mis brazos helada y fria á vuestra madre, con la cual voy á reunirme, sentí que mi corazon se rompia, pero bendije el nombre del Señor: he visto á vuestro hermano mayor, llorar su viudez que yo tambien lloraba, he sentido en mis brazos pesados como plomo y frios como el hielo, mis cuatro nietos vuestros sobrinos, y el Señor me ha visto siempre humilde y resignado á su terrible voluntad: y á los nietos se les ama mas que á los hijos, porque son dos veces

carne de nuestra carne, hueso de nuestro hueso, sangre de nuestra sangre, alma de nuestra alma y una esperanza mas de consuelo y amparo y amor para nuestra vejez.

He visto á mi pobre Gerónimo, conducido en su ataud á mi casa de Sevilla para darle enterramiento junto á su madre, su esposa, sus hijos y sus abuelos en el panteon de nuestra familia.

Le he visto pálido, inmóvil, horrible, con la frente partida por un hachazo, dentro de su noble arnés, tendida sobre el cuerpo su valiente espada desnuda teñida aun de sangre mora, y envuelto en su blanco manto de Calatrava, que él habia teñido de rojo en el combate.

Yo no podia llorar, no tenia ya lágrimas.

Pero alabé el nombre del Señor, y acepté sin quejarme aquel nuevo martirio.

Sí, á mí me perdonará mis pecados, porque he sido bueno y fuerte y he empleado mi juventud

en pelear contra los enemigos de mi Dios, de mi Reina y de mi patria.

En cuanto á mí, muero tranquilo.

Pero en cuanto á vosotros... ¡oh, hijos mios!

Quisiera engañarme... pero mis ojos de moribundo ven algo terrible para vosotros en el porvenir.

No sé lo que esta cosa terrible sea... pero la casa de Dios... hijos mios, la casa de Dios es el mejor amparo para una doncella huérfana... Elvira... prométeme... júrame... ¡oh! ¡si yo os dijese, hijos mios!... ¡ah! ¡no! ¡no! ¡nunca! ¡Dios!

La voz del anciano se cortó: se habia escitado demasiado y aquella escitacion habia acabado con sus fuerzas.

No volvió á hablar, pero durante algun tiempo su mirada anhelante estuvo fija con una espresion misteriosa en doña Elvira que temblaba.

Algunas horas despues, á punto que amanecia, murió.

III

Sus hijos le lloraron mucho.

Particularmente doña Elvira que le amaba en estremo.

Pero lo del convento se quedó en consejo.

Verdad es que no habia sido mandato y que no se podia decir que doña Elvira, ni su hermano mayor don Diego, habian desatendido la última voluntad de su padre.

Los temores del anciano, podian considerarse hijos del esceso de su amor á Doña Elvira.

IV

Todo consistia en que el viejo conocia demasiado á don Diego.

En que sabia que nadie era menos á propósito que él para llenar los deberes que le imponia la tutela de una hermana tan hermosa y de un carácter tan enérgico como doña Elvira.

Porque doña Elvira...

Pero ocasion tendremos de darla á conocer en el discurso de nuestro relato.

Ocupémonos por el momento de delinear los principales rasgos del retrato de don Diego.

V

Era aventurero y audaz, como no podia menos de serlo un jóven que se habia desarrollado en medio de una guerra en que se contaba por cada dia una batalla, por cada semana una escalada, por cada mes la conquista de un fuerte castillo ó de una villa importante.

Se habia educado en el ejemplo de una soldadesca terrible, brava, aguerrida, licenciosa, acostumbrada al saqueo y á los desórdenes despues de la toma de cada plaza ó poblacion al enemigo.

Era altivo, pendenciero y derrochador.

El oro se fundia en sus manos.

La punta de su espada estaba siempre ansiosa de tocar el corazon de un enemigo.

En cuanto al amor, jamás le habia sentido.

Respecto al amor era escéptico.

No comprendia que se pudiese sacrificar nada por una mujer.

Nada mas que dinero.

Y el dinero para don Diego no tenia valor.

Habia nacido rico y con padre débil; habia gastado sin duelo desde que habia tenido uso de razon.

El dinero no le habia costado otro afan que pedirlo al contador de su padre, que se apresuraba á dárselo para poner en la cuenta un doble.

Don Diego no sabia lo que en ocasiones dadas cuesta obtener una pequeña moneda de oro.

Y como el interés ha sido siempre la pasion

mas general y mas dominante del corazon humano, las mujeres habian sido hasta entonces desde los diez y seis años en que empezó á desearlas, una cosa tan fácil que acabó por mirarlas, sino con hastío, con menosprecio.

El amor no era para don Diego otra cosa que un manjar mas ó menos caro.

Pero está escrito que el hombre ame.

Del amor venimos y al amor vamos.

Una mujer nos produce y otra nos absorve.

Los que mas tardan en conocer el amor, cuando le conocen caen en una pasion mucho mas terrible que los que desde su juventud han sido propensos al amor.

El carácter de don Diego era duro, irascible, soberbio.

Nada le conmovia y la mas lijera contrariedad le irritaba.

Razon habia tenido su padre para temer quedase confiada á don Diego su hermana doña Elvira.

VI

Cuando se hubieron hecho unos ostentosos funerales al padre, cuando don Diego hubo vuelto de Sevilla de acompañar el cadáver al enterramiento de la familia, donde segun su voluntad se le habia sepultado, don Diego dijo en cuanto hubo descansado de la fatiga del viaje á su hermana:

— Y bien, doña Elvira, ¿qué decís de lo del convento?

— Digo, contestó con energía la jóven, que los cinco meses que pasé con nuestra tia doña Juana

en las Dueñas del Espíritu Santo de Sevilla, bastaron para hacerme tomar la resolucion de dejarme matar antes que consentir en que se me entierre viva.

— No se trata ni de mataros ni de atormentaros, contestó don Diego: tan hija sois de mi padre como yo, voluntad como yo teneis, y yo que no puedo sufrir que mi voluntad se contrarie, ni puedo ni quiero contrariar la vuestra; nuestro padre os dejó pingüe dote, y esa dote la aumento yo en otro tanto: casaos.

— ¿Con quién? ¿Creis que he de ir yo á buscar marido?

— Perdonad, hermana, dijo don Diego; pero puede decirse que yo no os conozco; criéme no en nuestra casa sino en la del maestre, con él he ido á la guerra, y ya sabeis que solo hace tres meses que he venido á casa, solicitado por nuestro padre, que decia estaba demasiado enfermo y ya anciano, y se necesitaba la presencia de un

hombre fuerte en la familia; yo me alegré, me cansaba ya de ser paje, y ademas estando en casa no tenia que escribir á Gil Paez, nuestro escudero, para que me enviase dinero: nada, pues, tiene de estraño que yo no os conozca: perdonadme una pregunta: ¿no habeis amado?

— ¡Hermano, hermano! esclamó doña Elvira; ¿de dónde salís que me haceis esa pregunta? ¿con qué mujeres os habeis tratado? ¿creis que una mujer á los diez y ocho años no es demasiado jóven para pensar en el amor?

— La manera que teneis de responderme, me prueba que habeis pensado mucho en el amor humano.

— Puede ser: pero al pensar en el amor, no he pensado en ningun hombre: le he conocido en los libros de caballerías, en los poetas.

— ¿Y en el corazon?

Púsose primero vivamente encendida doña Elvira, y luego densamente pálida.

— Me parece que amais ya, dijo don Diego en vista de la turbacion de su hermana y sin darla tiempo para contestarle.

— Lo que pasa en mi corazon lo sabe Dios, contestó con acento grave doña Elvira.

— ¿ Y no puedo saberlo yo ?

— Vos menos que nadie.

— ¡ Bah ! una impresion pasajera.

— ¿ Qué decís ?

— Un empeño...

— No os entiendo bien.

— Pues me esplico ó lo creo ; yo pienso que lo que en el mundo se llama amor, no es otra cosa que un empeño que pasa.

— ¡ Ah ! esclamó doña Elvira : comprendo ahora por qué nuestro padre quiso que yo me encerrase en un convento.

— Pues os juro que yo no comprendo por qué me habeis hecho esa observacion.

—Porque creo, Dios me perdone, que vos os figurais no que estais hablando con una vuestra hermana doncella, sino con un hombre. Concluyamos, hermano, y no volvamos mas á estas conversaciones, que me hacen subir la sangre á las mejillas.

—Perdonad, no he querido ofenderos, hermana mia, contestó cegijunto y contrariado don Diego... mi falta de atencion... teneis razon, yo no me he criado en un convento de monjas, sino entre soldados; no volveré á pecar, yo os lo juro; pero os suplico no me guardeis rencor por lo que he dicho.

—¡Yo no puedo teneros rencor! ¡os amo demasiado!

—Y yo á vos: sois lo único que amo sobre la tierra; no comprendo otro amor que el de la sangre.

—¡El de la sangre! oid... dijo doña Elvira y se puso pálida como una difunta.

— Decid, dijo con intencion don Diego.

— ¡Ah! ¡no! ¡nunca! esclamó doña Elvira.

Y salió de una manera violenta.

VII

Don Diego se quedó profundamente pensativo.

Recordó entonces lo misterioso de las últimas palabras de su padre.

Pero de una manera vaga.

— ¡Bah! dijo; sea lo que quiera: algun amor que no se atreve á confesarme... quiero decir... algun empeño: ¡Bah! ¡qué es el amor! primero hambre, despues hastío, vacío!... sea lo que quiera... ella no se olvidará de que es mi herma-

na... ella no manchará nuestro nombre... y bien, si lo mancha... yo le lavaré con sangre.

Y sin pensar mas en aquello, mandó le ensillasen un caballo, montó en él, subió á la cercana calle de Elvira, pasó al Campo del Triunfo, le siguió al pie de los muros y torciendo á la derecha tomó por la pendiente cuesta de Faxalauza, que hoy se llama de San Diego.

Doña Elvira entretanto lloraba encerrada en su cuarto.

CAPITULO IV

DE LO PELIGROSO QUE ES, AUN PARA LOS GRANDES GINETES, MONTAR CABALLOS DE MUCHA SANGRE.

I

La cuesta de Faxalauza, que termina en la puerta del mismo nombre y empieza á la entrada de la calle Real, es muy pintoresca.

A la derecha, en el sentido de la subida, sobre

un repecho graciosamente accidentado, se estiende una rogiza cresta de muros árabes apoyados de trecho en trecho en macizas torres cuadradas.

A la izquierda, un declive accidentado, con no menos gracia, que termina en un valle pendiente, movido acá y allá por colinas deprimidas, cubiertas de bellísimas alquerías blancas que parecen pretender esconderse entre grupos de cipreses y de árboles frutales.

Al fondo, en lo alto, montañas que van ascendiendo en anfiteatro hasta terminar en las Sierras Azules.

II

Don Diego iba profundamente preocupado con la conversacion estraña que habia tenido con doña Elvira.

Cada vez recordaba con mas insistencia las misteriosas palabras de la agonía de su padre.

No las podia comprender y le inquietaban de una manera vaga.

¿Qué misterio habia en su familia?

Abismado en estos pensamientos, su mano habia abandonado las riendas, dejándolas tan flojas que el caballo, que era muy brioso, se iba calentando y acreciendo su rapidez, hasta que al fin

partió al escape, á pesar de lo penoso de la cuesta.

Cuando don Diego quiso contener al caballo, no era ya tiempo.

Habia mordido el freno, dominaba la mano del ginete y seguia, seguia con una rapidez espantosa.

— Y bien, dijo don Diego ; te han puesto mal la brida y has podido morder el hierro, perfectamente : todo se reduce á dar una paliza á Estévan cuando vuelva á casa : por lo demas, trabajo te mando, Diamante, si has de seguir á este aire toda la cuesta ; tú pararás.

Y don Diego, que iba firme en los arzones, no se inquietó.

Aquello era cuestion de una buena carrera y de una sofocacion para el caballo.

III

Pero don Diego no habia contado con los obstáculos.

Suponia que el camino estaba completamente practicable.

No era cierto, sin embargo.

Se construia entonces, ya cerca de lo alto de la cuesta, á algunos centenares de pasos de la puerta y arrabal de Faxalauza, el convento de frailes Franciscos mendigantes de San Diego.

No solo estaba el camino interceptado en parte por materiales, sino que, para construir los vertederos del convento sobre el declive del monte,

que empezaba á la izquierda del camino, se habia hecho una profunda zanja.

Un puente de madera provisional, servia para el paso de las caballerías.

Pero era demasiado estrecho y el caballo en vez de enfilar por él, siguió recto en direccion á la zanja, que era formidable.

VI

Don Diego no se aterró, porque no habia nada que le aterrase, pero como era buen cristiano encomendó su alma á Dios y ofreció á la Vírgen un manto de terciopelo y oro para que le salvase de aquel peligro.

Entonces sucedió una cosa milagrosa.

En el momento en que Diamante puso las manos en el borde de la zanja, se recogió, se lanzó con una fuerza imponderable y ganó el otro lado, continuando su carrera con mas velocidad que antes.

Don Diego se sostenia en la silla, mas bien por el equilibrio á que está acostumbrado un buen ginete, que por su accion propia.

Como que habia perdido el conocimiento.

La sacudida habia sido tan violenta, que habia afectado á sus vértebras cervicales.

Se sostenia, pues, por casualidad sobre el caballo, pero caido hácia adelante, con el pecho sobre el arzon y caidos los brazos.

No podia continuar á caballo mucho tiempo.

VI

Diamante pasó como un relámpago por delante del arrabal de Faxalauza.

Algunos gitanos y gitanas estaban al lado del camino.

—¡Allá vá eso! dijo uno.

—¡En mi vida he visto otra! añadió un segundo: un hombre sin conocimiento á caballo.

—¡Se vá á estrellar! dijo un tercero.

—Bueno seria ir, porque ya debe haber caido; dijo otro.

—Que el diablo se lo lleve á él y á todos los castellanos, dijo el primero que habia hablado. ¿Qué nos importa á nosotros que se estrellen ó

no? ¿acaso no nos obligan á estar siempre puñal en mano para defendernos de sus licencias, y á nuestras mujeres de su libertinaje?

—Dices bien; observó uno; que el diablo se los lleve á todos.

Y los gitanos y las gitanas se volvieron hácia el arrabal y desaparecieron por sus calles.

VII

Pero quedó una gitana jóven, y al parecer por su traje y por sus joyas, muy rica, sentada en la piedra que servia para cerrar hasta una pequeña altura la puerta ogiva de ladrillo agramilado del aljibe de los Beni-Zeytun.

En la puerta de la mezquita, habia un moro

alto, ceñudo, de semblante largo, moreno, pálido con tintas lívidas, fuertemente desagradable en una palabra.

Pero sus ojos eran enormes, negrísimos y hermosos, con una fuerza de espresion imponderable, é iluminaban, por decirlo así, aquel semblante cetrino y repulsivo.

La boca de este hombre tenia la espresion, la contraccion particular de la boca del tigre hambriento á la vista de la presa.

Este moro, que estaba sencillamente vestido con un caftan de lana parda, largo hasta las rodillas, un albornoz blanco no mas largo, unas calzas azules, unos borceguíes de Córdoba datilados ó de color de dátil, y una lijera toca en la cabeza, era el mueden ó sacristan de la mezquita.

VIII

Fijaba en la gitana, que estaba muy distraida y que era hermosísima, una mirada intensa, hambrienta, desesperada, amenazadora, terrible: una mirada de fuego.

Ella... la hemos nombrado ya anteriormente ó hemos tenido intencion de nombrarla... era Maravilla, la mas hermosa de las gitanas del arrabal.

IX

Se habia puesto el sol.

Empezaba á caer la noche.

Moavia-ben-Salemi, continuaba en la puerta de la mezquita, mirando siempre de una manera intensísima á Maravilla, que continuaba sentada en la piedra del aljibe, cruzado un brazo sobre su talle, teniendo apoyada en la mano de este brazo el codo del otro brazo, y en la mano de este la barba.

—¡Solo Dios es veraz y Satanás es pérfido! dijo á este punto un anciano moro encorvado que se apoyaba en un lustroso baston negro, y que acababa de salir de la mezquita: ¡ya el sol se ha escondido tras las lejanas sierras, y olvidándose de llamar á los fieles á la oracion de almagreb, continúa aquí el hijo del perro con los impuros ojos fijos en la hija de las gentes de maldicion!

El que acababa de decir severísimamente estas palabras, era Sydi-Mohamed-el-Kalefi, faquí de la mezquita.

Moavia se estremeció poderosamente, y sin

decir una sola palabra, hizo un movimiento brusco y entró en la mezquita.

Sydi-Mohamed entró tambien.

Entonces Maravilla, como si hubiese quedado de improviso libre de una fascinacion, de la influencia de la terrible mirada de Moavia, se levantó y esclamó:

—¡Oh! ¡aquel desgraciado que pasó llevado por su caballo! ¡muerto tal vez!

Y Maravilla adelantó rápidamente y siguió sobre el camino.

X

Apenas habia doblado el ángulo del arrabal, cuando se oyó en lo alto de la torre de la mezquita una voz estensa, poderosa, que gritaba:

— ¡No hay mas Dios que Dios el altísimo y único, y Mahoma es su profeta! ¡No hay otro Dios que Dios!

Y con breves intérvalos, repitió por tres veces y á grandes voces las anteriores palabras.

Entre tanto habia tenido avanzado el cuerpo por una de las ventanas de la torre, y habia buscado, por todo lo que podia ver desde allí, con una mirada terrible á Maravilla.

No la encontró.

Habia desaparecido.

El camino de El-Fargue hácia arriba, por donde habia tomado la gitana, no se veía desde la torre.

Le ocultaba la falda del cerro de Santa Elena.

Moavia rugió de despecho.

Una sospecha le ennegreció de celos el alma.

Al pasar Diamante desbocado por delante del arrabal, habia observado que Maravilla se habia estremecido, habia lanzado un grito y se habia puesto densamente pálida.

Maravilla, que no se habia atrevido á socorrer al cristiano porque estaban allí sus parientes, habia ido sin duda, cuando estos habian desaparecido, á socorrerle.

Esta era la sospecha que ennegrecia el alma feroz de Moavia.

Y no podia correr á asegurarse de si su sospecha era ó no cierta.

Su oficio de sacristan, le obligaba á asistir á todas las oraciones, y las de almagreb ó puesta del sol, eran muy largas.

Moavia blasfemó, bajando iracundo las escaleras de la torre.

— ¡ Maldiga Allah el Koran ! esclamó :

Si le hubiera oido Sydi-Mohamed, le hubiera

tenido por verdaderamente poseido por Satanás, y las consecuencias hubieran sido terribles.

Afortunadamente para Moavia, los muros del estrechísimo descenso, eran sordos, y el Fakí estaba ya hacia algun tiempo prosternado delante del mirab ó adoratorio, y con el rostro pegado á la tierra y orando con gran fervor como buen creyente temeroso de Dios.

La mezquita empezaba á llenarse de moros y de moras.

Los unos se colocaban á la derecha, las otras á la izquierda de la mezquita, separados por una valla.

Sydi-Mohamed se levantó, subió al mimbar ó púlpito, y se puso á esplicar á sus feligreses la palabra de Dios.

Moavia entretanto, á los pies del púlpito, rugia sordamente, y clavaba las uñas de su mano derecha en la carne de su pecho.

Su pensamiento, en el que se revolvia un infierno, estaba fijo en el cristiano que habia pasado sin sentido sobre su caballo desbocado, y en Maravilla que habia ido sin duda en su busca para socorrerle.

CAPITULO V

DE COMO POR LA CARIDAD PUEDE LLEGARSE AL AMOR

I

Maravilla habia encontrado sobre el camino el rastro de Diamante.

Sus pisadas habian quedado señaladas con mucha mas fuerza sobre el camino que las de las

otras caballerías que habian pasado recientemente por él.

El camino se tuerce en una curva muy desarrollada, cortando como un escalon, la áspera falda del cerro de Santa Elena.

A nadie habia encontrado Maravilla por el camino.

Los cármenes y las alquerías á derecha é izquierda, ya encaramados en la pendiente hácia la cumbre, ya en el descenso hácia el valle, estaban silenciosos, y apenas si en alguno se veía una luz.

Porque empezaba á oscurecer.

Muy pronto Maravilla no podria ver las trazas del caballo sobre el camino.

Pero de improviso Maravilla se detuvo aterrada.

En un lugar en que la curvatura de la vía se

hacia mas violenta, las huellas del caballo salian del camino.

Debajo de aquel lugar habia un derrumbadero.

¿Se habria precipitado por allí el caballo?

Maravilla se cubrió de sudor frio, lo que queria decir que era muy caritativa.

Porque ¿qué sino caridad podia inspirarle don Diego, á quien no conocia, y á quien ni siquiera habia visto el semblante?

II

Maravilla miró con avidez al valle, al pie del derrumbadero, y vió un objeto negro.

Escitó su vista, y á pesar de que ya no habia

mas luz que la del crepúsculo, le pareció distinguir una forma negra semejante á la de un caballo.

Aquella forma estaba inmóvil.

No habia duda.

El caballo se habia derrumbado.

Maravilla levantó sus hermosos ojos negros al cielo y oró por el ginete.

—¿Y quién sabe? dijo: ¿quién sabe si la Santa Vírgen habrá hecho un milagro! ¡Madre mia, añadió: yo te ofrezco mi mejor gargantilla si se ha salvado ese infeliz!

Esto comprueba la ardiente caridad de aquella niña.

Porque Maravilla no tenia mas que diez y seis años y algunos dias.

III

Pareció como que en aquel momento se habia esclarecido un tanto el crepúsculo.

Era que por detrás de la cumbre del monte, habia aparecido la clara luna.

Esa fulgente, esa bellísima luna de la alta Andalucía.

Maravilla, á su luz, con su espiritual y magnífica hermosura, y con su pintoresco y bello traje, inclinada anhelante al borde del camino sobre el derrumbadero, alta, esbelta y gentil, parecia una hada nocturna de la montaña.

IV

No veia mas que el caballo, y era necesario buscar al ginete.

Maravilla no tardó en decidirse.

Anduvo rápidamente algunos pasos, salvó la longitud superior del derrumbadero y se aventuró por una estrecha senda escarpada, que recorrió, sin embargo, á la carrera con la lijereza y la seguridad de una cabra.

Llegó muy pronto al valle y junto á la forma que habia visto desde arriba.

Era en efecto Diamante que se agitaba en sus últimas convulsiones.

Poco despues de haber llegado Maravilla, murió.

¿Pero qué era del ginete?

Maravilla pasó una mirada anhelante enderredor suyo y luego de abajo arriba.

Lanzó un grito inesplicable.

Pendiente de un espino, que se doblegaba bajo el peso de su carga, habia un hombre.

La altura era bastante para que aquel hombre, si no estaba muerto, se matase al caer sobre las gruesas piedras que formaban el terreno al pie del derrumbadero.

Solo habia una estrechísima senda, una senda casi inaccesible y cortada á trechos para llegar al espino.

Maravilla no vaciló y se lanzó á aquella senda.

Avanzar por ella era punto menos que imposible.

Su caridad ponia á Maravilla en un gravísimo peligro.

Cada paso que avanzaba la ponia en una situacion mas difícil.

Muchas veces la tierra cedia bajo su pie.

Otras se veia obligada á trepar, valiéndose de las manos, asiéndose á las raices de los arbustos que crecian en la cortadura.

V

Entretanto, el espino de que pendia inerte don Diego, se doblegaba mas y mas.

Maravilla oia el leve crugir de la falda de terciopelo rojo del sayo que vestia el jóven, al desgarrarse mas y mas.

La jóven se estremecia y redoblaba sus esfuerzos.

Muy pronto estuvo á una altura tal, que si hubiera caido su muerte hubiera sido inevitable.

Maravilla, sin embargo, no temblaba.

La alentaba el peligro en que estaba don Diego.

Y el espino se doblegaba mas y mas.

Crugia de una manera áspera.

Era necesario apresurarse.

Y nadie veia á la jóven empeñada en esta generosa tarea de salvacion.

El valle estaba desierto.

Nadie pasaba por el camino, y aunque hubiera pasado no hubiera podido ver lo que sucedia casi al pie del derrumbadero.

Maravilla hizo un esfuerzo.

Llegó á nivel de la altura en que estaba suspendido del espino por las ropas don Diego.

Aquella altura era por lo menos de cincuenta metros.

El sendero, ó mas bien la escarpadura por donde Maravilla habia trepado no iba á pasar directamente por el lugar donde estaba el espino.

De él al lugar donde se encontraba Maravilla habia á lo menos una distancia de seis metros.

La cortadura por allí era completamente perpendicular.

Pero brotaban en ella algunos arbustos.

No alcanzaba á ellos, sin embargo, con la mano Maravilla.

Faltaba algo.

Era necesario un supremo esfuerzo, un vigoroso salto, y un salto en aquella situacion podia tener consecuencias terribles.

Y la rama del espino de que pendia don Diego se doblegaba mas y mas ; crugia mas y mas.

VI

Maravilla cerró los ojos.

Levantó su corazon á Dios y oró con toda la fé de su alma.

Luego se persignó.

Despues saltó.

Su mano alcanzó la rama de un arbusto.

La desesperacion dió fuerzas á la jóven.

Estaba suspendida sobre aquel terrible lecho de piedras á una altura formidable.

Su otra mano alcanzó tambien á la rama.

El instinto de conservacion hace maravillas.

Centuplica nuestras fuerzas y hace estraordinaria nuestra agilidad.

Maravilla se balanceó durante algunos instantes.

Sus pequeñas manos se asieron á la rama que la sostenia con una fuerza imponderable.

Como si hubieran sido de hierro.

Luego se encogió, se engargoló, por decirlo así, apoyando sus pies en el tajo, y logró ganar el tronco del arbusto.

Se encontraba ya á poca distancia del espino y sobre él.

Se necesitaba otro salto mucho mas peligroso para caer sobre el tronco del espino, que era bastante grueso para poder sostener el peso de dos cuerpos.

Y decimos de dos cuerpos, entrando en el pen-

samiento de Maravilla que habia ideado ya lo que tenia que hacer.

VII

Saltó y lanzó un grito agudo que espresaba á un tiempo dolor y alegría.

Habia caido sobre el tronco del espino.

Estaba cerca de don Diego.

Podia tocarle con la mano.

Pero se habia punzado gravemente en los brazos y en un hombro.

Sentia un dolor agudo.

Su sangre corria.

Las puas del espino eran formidables y al caer

la jóven habian desgarrado sus ropas y sus carnes.

Pero una vez sobre el tronco, aquellas terribles puas no la tocaban.

Habia llegado allí y era necesario concluir.

La rama de que pendia don Diego estaba ya casi completamente desgajada.

VIII

Maravilla se desciñó su larguísima faja de seda negra, profusa y ricamente bordada de oro.

Era una prenda magnífica.

Tenia á lo menos medio metro de ancha y como cuatro de larga.

El tejido, aunque suelto y fino, era muy doble, y las bordaduras de oro eran un gran refuerzo.

Maravilla retorció su faja haciendo con ella una especie de cable.

Despues con un estremo de la faja se ató á sí misma fuertemente al tronco del espino.

Luego se dejó suspender, segura de que no podia caer, se estiró, llegó hasta tocar á don Diego, le rodeó por debajo de los brazos con el otro estremo de la faja, se encogió, tiró con todas sus fuerzas del jóven, le atrajo á sí y logró ponerle junto á ella sobre el tronco del espino.

Al fin le ató de tal manera, que era necesario ó que la faja se rompiera ó que el espino se descuajara para que cayesen.

XI

Maravilla lanzó una delirante esclamacion de alegría.

Luego examinó ansiosa el semblante del hombre á quien acababa de salvar.

Entonces su corazon se dilató.

Maravilla sintió un dolor infinito, una agonía suprema.

Pero acompañados de un placer, de una sensacion que no habia esperimentado jamás.

Don Diego estaba pálido, muy pálido, desencajado, pero con su espresion de dolor, de angustia, hermosísimo.

Maravilla habia sentido el contacto candente del amor que la habia besado el alma.

Que la habia inflamado con aquel beso de una nueva vida.

Maravilla habia sentido la deleitosa, la incomparable, la divina intoxicacion del amor.

Su sér se habia completado.

Su alma habia crecido.

Era dichosa, sin poderse esplicar la causa.

Porque las vírgenes sienten el amor con todas sus inefables consecuencias antes de conocerle.

El amor las sorprende.

Para ellas el primer sentimiento del amor es un delirio divino, una poesía de los cielos.

Se estremecen, luchan con el instinto de su pudor, y lloran, como no lloran mas que una vez en la vida.

Es que el fuego sacro ha descendido al corazon de la niña y la ha convertido en mujer.

Es que Satanás ha penetrado en el Paraiso y ha pronunciado su primera palabra tentadora en la boca de Eva, envolviendo aquella candente palabra en un beso abrasador.

Maravilla rindió el holocausto de sus lágrimas á la ya perdida virginidad de su alma.

Pero lloró sonriendo, con esa inefable sonrisa que debe ser muy semejante á la eterna sonrisa de la felicidad suprema de los angeles.

X

La realidad la despertó de aquel hermoso sueño de un instante.

La situacion no habia dejado de ser terrible.

Maravilla no podia juzgar de si don Diego estaba solo desmayado ó espirante.

Ademas, ella perdia mucha sangre de la herida que se habia hecho en el hombro, y empezaba á acometerla el vértigo.

Entonces concentró todas sus fuerzas, y gritó:

— ¡Socorro, pastores del valle! ¡socorro! aquí!...

Y no pudo decir mas.

La sangre seguia corriendo y la habia acometido el vértigo.

Aquellos dos séres, á los cuales habia reunido el destino de una manera tan estraña, quedaron juntos y desmayados sobre el viejo tronco del espino, sujetos á él por la faja.

CAPITULO VI

LOS AMORES DEL SACRISTAN DE LA MEZQUITA DE BENI-ZEYTUN

I

Moavia, en el momento en que acabó la azalá de almagreb, esto es la oracion de la tarde, cerró la mezquita y se lanzó fuera de ella.

Se metió en el arrabal, y se detuvo delante de

la puerta de una pequeña casa que estaba entreabierta.

— ¡La alabanza á Dios! dijo tocando á ella.

— ¡Alabado sea Dios! se dice otra vez, maldito moro, dijo apareciendo en la puerta que se abrió una gitana de edad madura, pero todavía bastante hermosa, vestida á la manera pintoresca de Maravilla, pero con menos riqueza.

— No riñamos por eso, comadre Alondra, dijo Moavia: cristianos y moros decimos lo mismo como para loar al Señor fuerte é invencible, solo que cambiamos un poco las palabras.

— ¿Y qué quieres tú renegado?

— Ya sabes que yo tengo en la otra banda, en el reino de Fez, tios y primos.

— Y bien: ¿y qué?

— Y sabes tambien que en el reino de Fez hay palmeras que dan dátiles como este.

Y sacó de debajo de su albornoz un enorme y trasparente dátil que parecia un rico confite.

—¿Y las palmeras de Fez, dijo la Alondra tomando el dátil é incándole con delicia el diente, no dan de cosecha mas que un dátil?

—Dos serijos, con los que ha venido cargado un asno, me ha enviado mi tio, hermano de mi padre.

—Pues no se puede decir que no eres rumboso: ¿para quién guardas los otros dátiles, hijo?

—Para las mujeres sin ventura que aman y no son amadas.

—¡Diantre! esclamó con alguna aprension la Alondra: ¿pues qué, estos dátiles tienen virtud?

Sabido es que los gitanos son muy supersticiosos.

—Estos dátiles, dijo sériamente Moavia, tienen

la virtud de hacer que las personas que los coman se enamoren con toda su alma de la persona que se los da á comer.

—¡Fuego de Dios! esclamó la Alondra asustada, pues voy á vomitar al punto el que he comido, porque yo no quiero enamorarme de ti, mochuelo: ¡enamorarme yo de un moro! ni que me lo diesen guarnecido de perlas.

Y la Alondra fue á meterse los dedos para provocar las naúseas.

—No te inquietes, hermosa, no te inquietes; dijo Moavia: para que esos dátiles causen su efecto, es necesario que la persona que los dé á otra, tenga intencion de hacerse amar por ella y que rece una oracion que yo me sé, y yo no he hecho nada de eso.

—Vaya, pues, entonces no vomito: y tienes razon Moavia; este dátil no me ha hecho operacion, porque ahora me pareces tan feo como antes.

—Hay una persona, dijo Moavia, que anda muy triste.

—¿Quién?

—Maravilla.

—¡Ah! ¡es verdad! dijo la Alondra: es que ha entrado en su primavera, empieza á hacerle cosquillas algo en el alma, y no sabe lo que es: á todas las jóvenes las sucede lo mismo: deja que tenga novio, que ya se le pasará la tristeza que ahora tiene.

—Maravilla está enamorada ya.

—¿De quién? esclamó llena de curiosidad la Alondra: no lo creo: si ella desprecia los hombres mas galanes y mas hermosos.

—Porque ama á otro.

—¿Pero á quién?

—No puedo decírtelo.

—Yo te guardaré el secreto.

—Es que no sé quien sea ese hombre.

—Y entonces, ¿cómo sabes tú que Maravilla está enamorada?

—Porque hace ya tiempo, estando ella sentada en el aljibe de la mezquita, y viéndola yo muy triste, me acerqué á ella y la dije:

—¿Es mal de amores el que padeces, hermosa Maravilla?

—¿Y no te envió con quince mil de á caballo? dijo la Alondra.

—No: me miró fijamente, y me dijo:

—Los moros sois todos hechiceros.

—Algo, le contesté yo: todos los que hemos estudiado el libro de las cábalas de Salomon (Dios sea con él).

Y Moavia al pronunciar el nombre del Rey Sábio, cruzó las manos sobre su pecho y se inclinó profundamente.

Despues continuó:

—¿Y tú le has estudiado? me dijo Maravilla.

—Lo sé de memoria, la contesté.

Maravilla se puso muy colorada, y me dijo:

—¿Y sabes tú algun sortilegio que sea bastante para que una persona ame á otra?

—Sí, la dije: pero se necesita algo mas.

—¿Y lo tienes tú?

—Sí; en el reino de Fez, en el huerto de un tio mio, hay siete palmeras cuyos penachos se pierden entre las nubes: estas palmeras las plantó un mago por amores de una hada; pero ya te contaré en otra ocasion la historia de los amores de la hada y del mago, y de la virtud de las siete palmeras: por ahora, basta con decirte, que un solo dátil de una de las siete palmeras mágicas, es suficiente para que el corazon mas duro se ablande, y ame aun á la persona á quien abor-

rezca, con tal de que la persona que desée ser amada tenga mucha fé en la virtud del dátil, y murmure con mucha devocion una plegaria á Dios.

—¿Y qué mas dátil necesita Maravilla, que su hermosura? dijo la Alondra.

—En verdad, dijo Moavia suspirando, que Maravilla no es una mujer, sino un arcángel del sétimo cielo que el Señor Omnipotente ha echado á la tierra para que los hombres tengan una muestra de las huríes de su Paraiso.

—¡Que te quiebras, sacristan! dijo la Alondra; y me parece á mí, que quien está que no vive de enamorado por ella, eres tú.

—Yo no me he vuelto loco aun (loado sea Dios), dijo afectando admirablemente una perfecta indiferencia Moavia, y si la amara, habria enloquecido.

—Verdad es tambien, dijo la Alondra; pero sigue el cuento de tus dátiles.

—Sigo: Maravilla quiso tener un solo dátil á lo menos.

Pero yo la dije:

Mi tio no enviará menos que una carga, y querrá muy caro, porque sabe la virtud de los dátiles.

—Quiera lo que quiera, dímelo, y yo te lo daré cuanto antes.

—Mi tio no querrá menos de quince doblones de á ocho, de los buenos de la banda de Aragon, que se estiman mucho en Africa, y se dan por cada uno tres doblas Juzefinas.

—Esperad, dijo ella.

Y se levantó y se alejó ligera y gentil como una gacela.

A poco volvió.

—Toma, me dijo, los quince doblones, y estos tres para tí: pero quiero que cuanto antes vengan los dátiles.

—Hoy por la tarde han llegado, y yo venia á traérselos á Maravilla: tú te has comido uno. Pero aquí hay otro, y con este basta.

—Llévaselo á Maravilla.

—Bien, dijo la Alondra: ¿pero no ha de comerlo ella?

—No, sino la persona á quien Maravilla ame; tú debes conocerla.

—Pues te digo que no, ni sé quien pueda ser: contestó con acento lleno de sinceridad la Alondra, y hasta tal punto, que Moavia se convenció de que Maravilla no tenia amante.

—Quédate aquí en mi puerta guardándome la casa, dijo la Alondra.

Y partió.

II

El sacristan habia sostenido toda esta larga conversacion con la Alondra, porque necesitaba saber indudablemente dos cosas.

Primera : si la tristeza de Maravilla provenia de que estuviese enamorada.

Segunda : si Maravilla estaba en aquel momento ó no en el arrabal.

Que no tenia amante la hermosa gitana, resultaba claro de las respuestas de la Alondra.

Si permanecia ó no en el arrabal, en su casa, debia saberlo pronto por la Alondra.

Para esto solo habia inventado la historia de los dátiles mágicos.

La astucia es una de las cualidades características de los moros.

A Moavia le importaba mucho por otra parte, encubrir su terrible, su incontrastable pasion por Maravilla.

III

No tardó en volver la Alondra.

Venia inquieta.

—Maravilla no está en su casa ni en casa de sus parientes, dijo: ya ha cerrado la noche, y ella no acostumbra á estar fuera de su casa á estas horas.

—Algun amor, contestó con voz fria, pero en

que habia algo de un imperceptible temblor Moavia.

—¿Quién sabe, quién sabe? dijo la Alondra, que estaba profundamente pensativa.

—Pues bien, dijo Moavia; cuando la veas dila que ya tengo los dátiles maravillosos, y que Dios te guarde, amiga Alondra.

—Guárdete Dios, Moavia; contestó la gitana.

Y se metió dentro y cerró la puerta.

IV

Moavia permaneció algun tiempo inmóvil.

—Y bien, dijo: ella miró con ansiedad al ginete que pasaba sin sentido sobre el caballo des-

bocado : se puso pálida como una muerta : cuando yo subí al alminar, quedaba sentada en la piedra del aljibe; cuando miré desde el alminar habia desaparecido : ¿no puede muy bien haber ido en busca del ginete, al que ha debido lanzar no lejos de aquí su caballo?

Moavia guardó silencio algunos segundos, y permaneció con la cabeza sobre el pecho, estremecido por una violenta y casi imperceptible convulsion.

—El caballo, dijo al fin, avanzó por el camino : ha debido seguirle : pero á alguna distancia de aquí el camino se tuerce de improviso : los caballos desbocados avanzan de frente : debe haberse precipitado; y una de dos : ó ha tirado antes á su ginete, ó le ha arrastrado consigo : veamos : Maravilla, sin duda, está allí.

Y Moavia se puso en marcha.

V

Salió del arrabal, ganó el camino y adelantó rápidamente por él.

Nada vió.

A nadie encontró.

Al llegar al recodo del camino, se detuvo, se acercó al borde y avanzó el cuerpo sobre el derrumbadero.

Parecia un demonio que lanzaba una mirada volcánica al fondo.

Por perspicaz que fuera su vista, nada podia distinguir.

Habia ya salido la luna, y la penumbra que causaba la altura del tajo era densa.

Maravilla habia podido ver antes el caballo, porque aun duraba el crepúsculo.

Despues, la sombra habia envuelto los objetos al pie del derrumbadero.

Por mas que escuchó con toda su alma, nada oyó.

Un profundo silencio dominaba el valle.

Solo de tiempo en tiempo salia de entre una enramada cerca ó lejos, el canto de un ruiseñor.

Solo de tiempo en tiempo se oia distante el ladrido de los perros de los pastores ó de las alquerías.

—¡Mas allá! ¡mas allá, sin duda! dijo Moavia, y dejó de inclinarse sobre el tajo y emprendió de nuevo la marcha á lo largo del camino.

VI

Pero apenas habia andado algunos pasos, cuando oyó una voz que gritaba desesperada, partiendo del derrumbadero.

—¡Socorro, pastores del valle! ¡socorro! ¡aquí...!

Era la voz de Maravilla.

Moavia se detuvo y escuchó anhelante.

Pero aquellos gritos no volvieron á repetirse.

—Sí, sí, esclamó Moavia: los gritos han salido de allá, del pie del tajo; eran gritos de mujer: ¿será ella?

Y volvió al lugar que habia abandonado, y se inclinó de nuevo sobre el derrumbadero.

Miró, forzó su vista, y sin embargo, como antes, nada vió.

— No importa, dijo : al pie del tajo la sombra es espesa, acerquémonos.

Y el sacristan de los Beni-Zeytun corrió á lo largo del camino buscando, por la terminacion del Tajo, un sendero para bajar al valle.

CAPITULO VII

DE COMO UNA SUCESION DE CIRCUNSTANCIAS FAVORECIÓ Á MOAVIA, AUNQUE Á COSTA DE UN CRÍMEN

I

Encontró el mismo sendero escarpado que habia encontrado Maravilla, y descendió por él á la carrera.

Pero al llegar al valle se detuvo.

Habia escuchado las voces de algunos hombres que adelantaban por un sendero que pasaba muy cerca del lugar donde estaba Moavia.

Este, para no ser visto, se ocultó en una de las innumerables malezas que aparecian en grupos de verdura acá y allá sobre el valle.

Muy pronto pudo escuchar distintamente lo que los hombres que se acercaban hablaban.

Podia verlos perfectamente al pasar, porque Moavia habia llegado á la parte del valle iluminada por la luna.

— Los gritos han resonado por allí, dijo en árabe una voz franca y enérgica.

— Es verdad, dijo otra voz tambien en árabe, pero ya no se escuchan.

— ¿ Quién sabe si la persona que los daba habrá muerto ó no podrá gritar mas? dijo otra voz: los gritos eran desesperados.

Y obedeciendo al temor de una desgracia aque-

llos hombres corrieron y pasaron rápidamente por delante de la espesura donde estaba escondido Moavia.

Este los vió perfectamente y conoció por sus trajes que eran pastores moriscos.

Desaparecieron muy pronto en la sombra que proyectaba sobre el valle la altura del derrumbadero.

Moavia escuchaba, sin embargo, el rumor de sus voces.

Salió de la espesura y ganó otra.

Y así de espesura en espesura, y recatándose, llegó al fin muy cerca del lugar donde estaba el caballo.

A una grande altura vió entonces el grupo que formaban Maravilla y don Diego, adheridos al tronco del espino.

II

— ¡Allí están! ¡allí están! decia siempre en árabe uno de los pastores.

— Son un hombre y una mujer.

— ¿Pero cómo han subido allí?

— No han subido, es que han caido: ¿no veis ahí ese caballo muerto, que sin duda se ha despeñado y se ha reventado porque arroja todavía sangre por la boca?

— ¿Y cómo se han tenido, cómo se tienen en el espino esos dos?

— ¡Quién sabe!

— El caballo es soberbio.

— Y los arneses muy ricos; una silla azul de damasco y plata.

— Algun noble caballero cristiano.

— ¡Maldígalos Dios!

— Pero al fin son criaturas de Dios como nosotros, y no hemos de dejar de socorrerlos.

—¿Y quién sube allí?

— Es verdad: por eso decia yo que no han subido: ¡bah! de seguro: él la traia á la grupa, se despeñó el caballo y ellos se han quedado prendidos en el espino.

— Anda tú, Alí, á la choza y traete una soga doble, larga lo bastante para que nos podamos descolgar uno de nosotros.

—¿Es necesaria una soga para descolgarlos á ellos?

— No: lo que es necesario es que la soga sea tan larga que alcance desde lo alto abajo.

— Traete todas las sogas que hay en las tres cabañas; que se vengan los otros dos: id con las sogas á lo alto del tajo, al camino; nosotros vamos tambien; cuantos mas mejor para aguantar el peso; conque se quede aquí abajo uno para desatarlos á medida que se les descuelgue hay bastante.

III

Aquellos hombres se separaron.

Dos de ellos tomaron por el centro del valle arriba.

Otros dos por un sendero para subir al camino, y el quinto se quedó abajo y se sentó sobre el caballo.

Moavia permanecia escondido á poca distancia, revolviendo en su mente siniestros proyectos.

De tiempo en tiempo murmuraba sordamente:

— ¡Mia! ¡mia! ¡estos estúpidos van á entregármela!

Pasó como un cuarto de hora.

Al fin Moavia oyó voces indistintas que venian de lo alto del derrumbadero.

Allí habia seis pastores que unian y anudaban una multitud de sogas.

— Daos prisa, daos prisa, decia el mas anciano, que no sabemos cómo estarán esos desventurados.

Al cabo de un cuarto de hora estuvo hecho un tiro larguísimo.

Echaron suertes los pastores, y el que le tocó, fue atado por debajo de los brazos.

— Cuando llegues al espino, dijo el anciano, das una gran voz para que nosotros sepamos que

has llegado: luego te aferras bien al espino, atas á la mujer y nos avisas para que la descolguemos; cuando haya llegado abajo nos avisas; nosotros tiraremos, tú recojerás la soga, atarás al hombre y le descolgarás tambien; luego te descolgaremos á tí.

Un momento despues el pastor á quien habia tocado descender, que era jóven, fuerte y robusto, descendia.

Los otros cinco tenian la soga, que resbalaba sobre una piedra saliente y la iban soltando.

Al fin el que descendia dijo, dando una gran voz:

— Ya estoy, no solteis mas.

Luego añadió, despues de haber examinado á los dos jóvenes:

— Es Maravilla la gitana, está desmayada y herida; el otro es un caballero cristiano, jóven; está desmayado tambien.

Al cabo de otro intérvalo de silencio, añadió:

— Están atados al espino con la faja de Maravilla; antes de desatarla la voy á atar con la soga: esperad, no descolgueis todavía: yo os avisaré:

Pasaron algunos minutos.

Al cabo el que hacia la operacion dijo:

— Descolgad; y tú, Hacen, atencion.

Hacen, que era el que estaba abajo, se levantó de sobre el caballo y atendió.

Maravilla, pendiente de la soga é inerte, descendia con lentitud.

VI

Al mismo tiempo Moavia habia salido de la espesura y encorvado, arrastrándose casi, avanzaba á la manera silenciosa y cautelosa del tigre sobre la presa que quiere sorprender para que no se le escape hácia el pastor, que estaba vuelto de espaldas al lugar por donde se acercaba Moavia y miraba hácia lo alto.

Casi al mismo tiempo llegaron Moavia junto á Hacen y Maravilla á los brazos de este.

Hacen evitó que Maravilla tocase rudamente al suelo, y gritó con todas sus fuerzas:

—No solteis mas soga, ya está.

Luego, poniendo blandamente en tierra á Maravilla, la desató.

— Tirad, gritó.

É inmediatamente lanzó un rugido inarticulado que nadie pudo oir.

La sombra en aquel lugar rodeado de malezas era densa, y nada podia ver el pastor que estaba en el espino, y que esperaba la soga para atar á su vez á don Diego.

Moavia se habia levantado de repente y habia partido el corazon de una puñalada al malavenrado Hacen.

Esta puñalada era la que habia causado el ahogado rugido de dolor de Hacen.

Rugido que nadie habia escuchado, porque envuelto en él se habia exhalado en un solo momento la vida de la víctima.

V

Moavia se inclinó sobre Maravilla, la asió por el talle, la alzó y se perdió con ella por entre la maleza.

Nada de esto habia sido visto tampoco, ni por el pastor que estaba en el espino, ni por los que estaban en lo alto de la cortadura.

CAPITULO VIII

DE COMO SIN TEMOR DE DIOS PUEDEN CALUMNIAR LOS MORIBUNDOS

I

Entretanto, el del espino habia atado á don Diego y habia avisado á los otros para que le descolgaran.

Le descolgaron en efecto.

El del espino, suponiendo que Hacen estaria abajo, le habia avisado á su vez.

Hacen no podia responder.

Volvió á avisarle el del espino.

Sucedió el mismo silencio.

Los de arriba notaron que las sogas habian perdido su tirantez, señal clara que el segundo de los socorridos estaba ya abajo.

Tiraron, pues.

La soga volvió á tirantarse.

Sintieron el peso de don Diego que volvia á ascender.

Continuanse tirando creyendo que se habria atado Zaide, que así se llamaba el que estaba en el espino.

Cuando el cuerpo de don Diego llegó á este Zaide se asombró.

Sintió como una especie de vértigo.

Le habia acometido la idea de una desgracia.

Llamó de nuevo á Hacen repetidas veces.

No obteniendo, como no podia obtenerla, una contestacion, gritó á los de arriba.

— Soltad soga.

Los de arriba soltaron.

Cuando llegó de nuevo abajo don Diego la soga volvió á aflojarse.

Zaide la cortó y se ató.

— Tira, dijo.

Los de arriba tiraron de él.

— Hacen no ha respondido á mis repetidas voces, dijo; creo que ha pasado alguna desgracia; he tenido miedo; empezaba á perder la cabeza; me parecia que me iba á ir del espino abajo: tomad la faja de Maravilla, es muy rica; ella estaba herida y sin sentido; él tambien.

— ¿Pero cuántas cosas dices tú? ¡tú no estás en tí! esclamó el pastor anciano.

En efecto, Zaide, habia hablado de una mane-

ra vaga é incoherente, y daba vueltas en sus manos á la riquísima faja de Maravilla.

—Abajo ha sucedido algo terrible, dijo.

Babá, que así se llamaba el anciano pastor, se avanzó sobre el borde del derrumbadero, y poniéndose las dos manos al lado de la boca, haciendo de ellas una especie de bocina gritó:

—¡Eh! ¡Hacen! ¡Hacen! ¡responde!

Pero nadie contestó.

—¡Abajo! ¡abajo! esclamó Babá, debe, en efecto, haber sucedido algo funesto.

II

Descendieron rápidamente.

El primero que llegó fue Babá.

—¡Santo Allah! esclamó: nuestro buen amigo Hacen ha sido asesinado.

—¡Asesinado! esclamaron los otros.

—¡Sí, asesinado! ¡hace poco tiempo! aun está caliente, aun sale sangre de su herida.

—¿Estás seguro de que ha muerto?

—¡Como mi abuelo! ¡desventurado de mí! ¿y qué voy yo á decir á su pobre madre que me le habia confiado?

—Este perro infiel le ha asesinado tal vez: dijo uno.

—¿Y cómo? esclamó Zaide; ¡si este cristiano está casi moribundo!

—¿Quién ha podido entonces ser...? ¡Maravilla! ¡aquí no está Maravilla!

—¡Maravilla, la infeliz, estaba sin sentido! ¡se la han llevado!

—Hermanos, esclamó Babá, es necesario buscar al asesino, al ladron, prenderle, entregarle á la justicia.

—Entregarle no: matarle, esclamó Zaide.

—Nos hemos entretenido harto, dijo Babá: ¿y aun queremos entretenernos mas en inútiles disputas? pronto, amigos, pongámonos en persecucion del malhechor.

—¿Y este cristiano? dijo Zaide.

—Es verdad, respondió Babá; no debemos olvidarnos de que es una criatura á quien tal vez pueda salvarse; conduzcámosle amigos.

—¿Y los arneses de este caballo que son muy ricos? dijo otro.

—Tiempo hay sobrado de recojerlos; conduzcamos antes á este cristiano á mi cabaña.

III

Los cinco pastores hicieron con sus albornoces una especie de camilla, y cargando todos cuatro

con don Diego, le condujeron rápidamente por el valle arriba.

Zaide se quedó guardando el cadáver de Hacen, no sin violencia, porque los moros temen poco menos que los gitanos á los muertos.

Pasaron bien tres cuartos de hora.

Al cabo de ellos, llegaron algunos moros.

Venian de las alquerías vecinas y traian antorchas.

Se habian armado además.

Todos traian ballestas y espadas.

Las bocinas de alarma habian estado sonando hacia mucho tiempo, y sonaban aun, aunque muy lejanas.

Acá y allá, en una gran estension se veian antorchas.

Aquellas antorchas descendian por lo alto del valle.

Se perdian detrás de las espesuras y de las rocas, y volvian á aparecer.

Iban y venian en todas direcciones.

No solo se buscaba, sino que se rebuscaba.

Aquello tenia mucho de fantástico.

Todos los pastores del valle, todos los moros de las alquerías inmediatas, estaban de esploracion.

IV

Los moros que habian llegado, saludaron tristemente á Zaide, porque Hacen era muy querido de todos por su juventud, su hermosura y su buen carácter.

—¡Oh! ¡qué desgracia! dijo uno.

—Su madre no sabe nada todavía, añadió otro.

—La desventurada Haxa se va á desesperar.

—Hay que conformarse con la voluntad de Dios.

—Para una madre, no hay mas Dios ni mas mundo, ni mas contento, ni mas esperanza, que su hijo.

—¡Y la infeliz que pobre y anciana ya no puede trabajar!

—Tendrá que mendigar.

—Eso no: porque cada uno de los vecinos la daremos un poco, y no la faltará nada.

—La faltará su hijo.

—No está en nuestro poder volvérselo.

—No tendremos que socorrerla mucho tiempo, porque la desesperacion la matará.

—¡Ah! ¡sí! ¡su hijo era la luz de sus ojos, su vida, su alma!

—Maldiga Dios al asesino.

— ¡Algun perro cristiano!

—No por Allah: los cristianos son malditos, perversos y crueles, pero hay tambien moros inhumanos, sanguinarios y crueles: un creyente maldito de Dios, abandonado de él, es quien ha hecho este horror.

— ¡Un moro!

—Sí, la herida es de gumía.

—Los cristianos pueden tambien usar gumía.

—No; las tienen horror, porque ellas han degollado innumerables de sus hermanos.

— Marchemos, amigos, marchemos; es necesario que nosotros ayudemos tambien á buscar al asesino.

V

Durante esta conversacion habian examinado á Hacen.

El semblante del pobre jóven estaba horrible.

Causaba espanto.

Habia quedado impresa en él la contraccion de la agonía.

En sus ojos, abiertos aun é inmóviles, estaba marcada la espresion de un dolor insoportable, y de un terror infinito.

Habia tenido tiempo bastante, en el brevísimo espacio de su agonía, para conocer la muerte.

¡Y morir á los diez y ocho años!

¡Dejar sobre la tierra, pobre, enferma, inútil, desvalida, sola, á una madre adorada!

Todos estos pensamientos, todos estos horrores, juntos en una sola espresion horrible, estaban representados en la boca contraida, en los músculos rígidos, en los ojos inmóviles de Hacen.

Le habian despojado de su caftan de lana parda, de su gruesa y morena camisa de lino, y habian encontrado en el costado izquierdo de su espalda, una larga herida.

Tres costillas aparecian cortadas.

La larga herida tenia una direccion curva.

Esto habia hecho decir á uno de los moros que habian sobrevenido, que el asesino era moro.

Porque solo los moros usaban gumía.

Y de gumía era á todas luces la herida.

VI

Mientras vestian de nuevo á Hacen sus ropas ensangrentadas y le ponian en unas angarillas que habian llevado, otros desenjaezaban á Diamante, le quitaban el freno, y se admiraban de la riqueza de los jaeces.

La silla era de damasco azul bordado de plata, y de plata eran el evillage, el bocado y las estriberas.

Cargaron con todo, y se alejaron tristes y abatidos.

Al pie del derrumbadero quedaba solo un gran charco de sangre.

La de Hacen y la de Diamante, la del hombre y la del bruto se habian mezclado.

La fatalidad es impía.

En el espino quedaba tambien sangre.

Pero aquella sangre no podia verla nadie.

Era sangre de Maravilla.

VII

Multitud de moros bravíos y robustos, seguian buscando al asesino de Hacen, al robador de la hermosa gitana.

Llevaban delante de sí, prendido por la mitad, pendientes los estremos en la punta de una lanza á manera de estandarte, la magnífica faja de Maravilla, que el viento plegaba y desplegaba, y que á la luz de las antorchas dejaba ver acá y allá manchas de sangre.

Esto, á mas de la impresion reciente del asesinato de Hacen, irritaba á los esploradores.

El valle ascendia en anfiteatro, cuya gradería la constituian peñascos grises, verdosos, cubiertos de liquen y musgo amarillento, mas ó menos grandes, mas ó menos caprichosos, agrupados los unos, aislados los otros, esbeltos y altos algunos, como gigantes inmóviles, rodeados á veces de maleza, apareciendo otras como el monstruoso diente de una bruja, sobre un reborde de arena rogiza.

A la derecha, á la izquierda, al fondo, se veian montañas, entre cuyos rompimientos la luna dejaba ver indecisas, como gigantescas masas de sombra, otras montañas mas lejanas.

Innumerables senderos se torcian y se retorcian alrededor de estas piedras, de estas rocas, de estas malezas, formando una red, un laberinto inestricable.

Todos aquellos senderos, todos aquellos entre-

sijos, y descendiendo siempre, habian sido recorridos una y otra vez.

Nada habian encontrado.

Ni el mas leve rastro.

Hubo un momento en que se creyó se habia dado con lo que se buscaba.

Sobre unas lajas de pizarra, que son muy frecuentes en aquel terreno, se habia visto una gran mancha de sangre fresca.

De sangre negra.

De aquella mancha partia un reguero.

Aquel reguero seguia por un sendero.

Luego se perdia sobre una yerba muy crecida.

En aquella yerba quebrada, abatida en un largo rastro, se notaba la huella de una persona.

Pero aquel rastro, llegaba hasta una pendiente de pizarra muy estensa, y allí se perdian las huellas.

Se buscó y se rebuscó alrededor.

Se insistió durante mas de dos horas, y nada se encontró.

Habia llegado la media noche.

La luna, que habia subido á toda la altura de su órbita, empezaba á descender.

Los esploradores siguieron en su tarea, con tanto mas ahinco, cuanto mas pasaba el tiempo.

De improviso cesaron los peñascos y las malezas, y el musgo, y la yerba.

Empezaban á internarse por un sombrío pinar, cuyo terreno era de arena gruesa y roja.

Y continuaron, continuaron...

Siempre incansables, siempre sedientos de venganza.

Llevando siempre delante, como un guion, la ensangrentada faja de Maravilla.

Pasó la noche.

Empezó á alborear.

Entonces, fuera ya del pinar, reconocieron el sitio.

Se encontraban en un anchísimo y pendiente declive, cubierto de amarillenta grama, sobre la cual se andaba tan muellemente como sobre una alfombra.

A la derecha y á la izquierda, habia montañas grises terminadas por agudos picos.

La pendiente tenia un horizonte recto y estenso entre las dos montañas.

Por medio pasaba un camino real.

Estaban en el punto de los Dientes de la Vieja, sombrío lugar, escena de pavorosas leyendas de bandoleros.

Aquel camino era el de Guadix.

El mismo que empezaba en la cuesta de San Diego, y que Diamante hubiera podido recorrer á no haberse despeñado.

VIII

Desalentados ya y cansados nuestros campesinos, nuestros pastores, se juntaron en consejo.

Estaban á cuatro leguas de Granada.

Determinaron volverse.

Hubo quien dijo que por el camino real se llegaria mas pronto.

—Pero, observó un anciano, lo que no hemos encontrado al venir, podemos encontrar al ir: volvamos por el mismo camino, aunque sea mas áspero y mas largo.

Tomóse en consideracion el consejo del anciano, y volviéndose, se aventuraron de nuevo por el primero.

Desandaron el mismo camino.

Pero desalentados ya y sin buscar.

Llegaron al fin como á un cuarto de legua del lugar donde habia acontecido el asesinato.

Eran ya las nueve de la mañana.

Se encontraron de improviso sobre la mancha de sangre que habian visto anteriormente.

Los que iban delante, los que llevaban la faja de Maravilla, se detuvieron y palidecieron.

Habian oido gemidos dolorosos.

Luego una voz, ya débil, que se esforzaba para ser oida, esclamó de una manera angustiosa.

— ¡Socorro, hermanos, socorro, por el Santo Allah!

Aquella voz partia de lo alto de un peñon tajado, pero que en uno de sus costados tenia una escarpadura, por la que se podia subir con alguna dificultad.

Por aquella escarpadura seguian el rastro de

sangre, que algunas horas antes habian perdido los esploradores.

Se avalanzaron á la escarpadura, como canes que vuelàn á ventear la pieza mayor que han perdido.

Los primeros que subieron encontraron...

A Moavia que agonizaba.

IX

El rostro del mueden de la mezquita de los Beni-Zeytun, tenia la espresion de un condenado.

Estaba lívido.

Sus ojos arrojaban llamas.

El último reflejo de aquella alma de demonio que se estinguia.

—¡Ella! ¡ella ha sido! esclamó comprimiéndose con una mano débil y trémula una ancha herida que tenia en la garganta sobre la clavícula izquierda.

Por aquella terrible herida no salia ni una sola gota de sangre.

Pero dentro del pecho del moribundo se sentia un hervor horroroso.

Moavia tosia de una manera débil.

De tiempo en tiempo una poderosa convulsion pasaba á lo largo de su cuerpo.

X

El mas anciano de los moriscos, rodeado de todos los otros que, á pesar de su número, cabian

bien en la plataforma del peñasco, empezó con Moavia el siguiente interrogatorio.

— ¿Quién es ella?

— Maravilla.

— ¿La hermosa gitana del barrio de Faxalauza?

— Sí.

— ¿Y es ella la que te ha herido?

— Sí; esa maldita es una pantera.

— ¿Cómo ha podido herirte una débil mujer á tí, que eres fuerte?

— ¡Ah! Satanás ayuda á esa maldita, á esa impura.

— ¿Dónde te ha herido?

— Me perseguia... me perseguia.

— ¿Huias tú de una mujer, tú, Moavia, á quien todos llaman el tigre del Albaicin?

— Yo habia visto una cosa horrorosa.

—¿Cuál?

—Iba yo á El-Fargue, donde tengo parientes .. al pasar por encima del tajo que hay en la primera revuelta del camino, oí gritos de una mujer que pedia socorro... acudí lleno de caridad... pero no acertaba... no, no acertaba... habia bajado al valle.

Andaba por él errante.

Sentí de improviso voces lejanas.

Aquellas voces sonaban en lo alto del tajo.

Emprendí hácia allá mi camino.

Yo me habia aventurado en el valle, creyendo que en él estaba la mujer á quien habia oido pedir socorro.

Cuando llegué al pie de la entrada, ví que descolgaban de lo alto á una mujer, que parecia desmayada, y que un pastor, que estaba abajo, la recogia y la desataba.

Yo me acerqué lleno de caridad.

De repente aquella mujer se levantó.

Yo ví relucir en su mano, entre la sombra, la hoja de una curva gumía.

La mujer hirió al infeliz pastor, que cayó sin poder ni aun invocar el nombre de Allah.

Luego... luego... ¡oh Allah misericordioso! yo ví que los ojos de la maldita se fijaban en mí... sus ojos relucian como brasas... parecia un demonio.

Tuve miedo, y huí.

Ella me siguió.

Yo corria, corria helado de pavor.

Yo no hubiera huido de un sér humano.

Pero esa maldita es Satanás.

Oia yo un rugido ronco, terrible, como el de un leon detrás de mí.

Yo corria, corria.

De repente sentí que me faltaban las fuerzas, que flaqueaban mis rodillas.

Caí sobre ellas.

Entonces la gitana loca, hechicera, endemoniada, me asió.

¡Yo cerré los ojos é invoqué á Allah!

Entonces sentí una puñalada.

Y ví... detrás de la gitana habia una sombra horrible.

Satanás.

Y la gitana me miraba y me devoraba con los ojos.

Despues me asió por la garganta, se arrojó sobre mí, y puso su boca en mi herida.

Yo sentí como si hubieran entrado en las venas fuego.

—¡Cómo! esclamó el anciano que como moro era supersticioso y creia en los hechizos y en los

maleficios y en la posesion de las personas por Satanás.

— Sí, Maravilla no es una mujer.

— ¿Qué no es una mujer?

— No: es un vampiro: por eso es tan pálida y tan hermosa.

— ¿Y cómo es que vives aun?

— Yo, al sentir en la herida la boca de la hechicera, de la maldita, que me abrasaba, invoqué con toda la fé de mi alma el santo nombre de Allah.

Entonces la maldita huyó y con ella el espíritu de las tinieblas.

XI

Moavia se detuvo fatigado.

Una tos mas fuerte le cortó la palabra.

Habia hecho un esfuerzo sobrehumano para decir su infame impostura.

Porque aquella impostura comprometia gravisímamente á Maravilla.

Escuchaban al miserable gentes sencillas, nutridas desde su niñez en las leyendas maravillosas del Koran.

Los sortilegios, la mágia, los encantamientos, los vampiros, los espectros, toda esta barahunda de cosas sobrenaturales, era para ellos la cosa mas natural del mundo, como lo son todavía para los musulmanes.

Por otra parte, á los gitanos se les creia brujos y endemoniados.

Los moros los aborrecian mas que á los cristianos, mas aun que á los judíos, que es cuanto puede decirse.

Mas aun : les temian porque los creian hechiceros.

— ¿Y cómo es que estás aquí y no abajo, donde hemos encontrado un rastro de sangre, que es sin duda sangre tuya?

— ¡Ah! esclamó con sumo trabajo Moavia: tuve miedo de que volviese, de que me encontrase.

Ademas he oido decir que algunas noches bajan lobos de la Sierra.

Tuve miedo, mucho miedo.

Me contuve con mi toca la sangre de mi herida y me arrastré.

Llegué hasta este peñon y trepé por él.

—Veamos, dijo Zaide: yo fuí el que descolgué del espino á Maravilla.

—¿Y bien, qué? dijo anhelante Moavia haciendo un esfuerzo.

—Maravilla estaba desmayada junto á un caballero, desmayado tambien, los dos estaban atados al tronco del espino con la faja de Maravilla.

—¡Ah! ¡sí! habia atado á su víctima para que no se le escapase.

—Maravilla estaba herida; yo ví sangre en sus ropas.

—Esa era la sangre que chupaba al caballero, que rebosaba de su boca.

—Estaba sin sentido.

—La embriaguez de la sangre.

Detúvose como vencido Zaide.

Era tan supersticioso y tan visionario como los otros.

Sin embargo, insistió.

— Al pie del tajo, dijo, habia un caballo muerto, reventado: aquel caballo se tiró por el tajo con su ginete.

— Sí, pero la bruja cogió al ginete en el aire, lo llevó al espino y le ató para devorarlo sin que nadie pudiera impedírselo.

Sino, ¿cómo podian estar allí los dos y atados?

Su venganza, sus celos, su rabia prestaban fuerzas al miserable para sostener su impostura.

Pero aquellas fuerzas se agotaron.

Una tos mas cavernosa le acometió.

Luego, en un negro vómito, arrojó toda la sangre que se contenia en la cavidad de su pecho, se agitó en una débil convulsion y luego quedó inmóvil.

Habia muerto.

XII

Los pastores y los campesinos quedaron aterrados, petrificados.

Les habia causado una impresion terrible el relato de Moavia.

Porque ¿cómo suponer que se atreviese á mentir, acusando de delitos terribles y monstruosos á una inocente, un hombre que estaba próximo á comparecer ante el justiciero Allah, á pasar el puente Sirat, que es delgado como un cabello sobre el fuego eterno, cargado con el enorme peso de una tal calumnia?

Esto no cabia ni en el pensamiento ni en la creencia de ningun buen musulman.

Por otra parte, era inesplicable la posicion de Maravilla en el espino.

Nadie podia suponer que la ardiente caridad de Maravilla la hubiese dado fuerzas y agilidad para llegar hasta allí.

Y ademas, ¿no era gitana?

¿No creian los moros á los gitanos endemoniados y malditos?

El vulgo es terrible.

Cree todo lo que le dicen.

¡Y el vulgo es el que forma lo que llaman opinion pública!

Los errores del vulgo son casi siempre funestísimos.

Y vulgo, y vulgo ingnorante y fanático, era el que habia escuchado la calumnia de Moavia.

Habian escuchado aquella calumnia trescientas personas.

La habian creido.

Y se habian vuelto rabiosos con toda la energía de su sangre sarracena contra Maravilla.

Ella era la matadora de Hacen.

Ella la matadora del desventurado Moavia, que mueden ó sacristan de la milagrosa mezquita de los Beni-Zeytun, era hasta cierto punto un hombre de Dios.

Recogieron, pues, el cadaver, y le llevaron con sumo respeto á la mezquita.

CAPITULO IX

¡POBRE MARAVILLA! — DOS ESTRAÑOS HERMANOS

I

Cuando llegaron á la plaza de Faxalauza encontraron reunidos en ella á todos los vecinos del arrabal.

Entre ellos estaba el tio Lúcas Mastuerzo, padre de Maravilla.

Lo de Mastuerzo era afortunadamente su apodo; hubiese sido gran lástima que María de la Maravilla siendo tan hermosa, tan sensible, tan apasionada, tan inteligente, se hubiese llamado María Mastuerzo.

Porque todos los que conocen bien el español, saben que la palabra mastuerzo, es una calificacion vulgar equivalente á esta otra: alma de cántaro.

El padre de Maravilla se llamaba Lucas Dominguez, álias el Mastuerzo.

Estaban allí sus dos hermanos, sus primos y todos sus parientes, desolados porque Maravilla no parecia.

II

Cayó entre ellos y entre los vecinos del arrabal, como una bomba, si bombas hubiese habido en aquellos tiempos, la triple y horrenda noticia siguiente:

Que Maravilla habia hecho se desbocase el caballo de un señor castellano, para chupar á este la sangre, y que habia matado á Hacen y á Moavia.

La desaparicion de Maravilla, era el primer indicio de la verdad de esta triple acusacion.

No parecia: no se la habia encontrado ni muerta ni viva.

Huía, pues, y huía por algo.

Porque aquel que no tiene de qué responder, no huye.

Los mismos parientes de Maravilla reconocieron,

Primero: que hacia mucho tiempo que la jóven estaba pensativa, pálida y de un humor negro.

Que no comia ni bebia, y que se mostraba macilenta y lácia como los perros cuando estan atacados de la rabia.

Que se salia sola de su casa, y se iba á pasear á lugares solitarios.

Por último, que se habia aquerenciado á la piedra del aljibe de los Beni-Zeytun, en el que se decia que habia almas en pena.

III

El anciano fakí, cuando vió miserablemente muerto á su sacristan, puso el grito en el cielo, rasgó sus vestiduras, y no se mesó los cabellos porque era calvo.

Aunque no lo hubiera sido, tampoco hubiera podido mesárselos, porque los moros tienen rapada la cabeza.

Pero sí hubiera podido arrancarse el mechon que se dejan en lo alto del colodrillo.

Luego empezó á hacer el elogio de las grandes virtudes y de la gran piedad de Moavia.

El islamismo, segun él, habia perdido un incomparable mueden.

—¡Qué voz la suya para llamar á los creyentes á la oracion!

El bueno del fakí no sabia que agravaba la situacion de Maravilla con estos elogios de un hombre de quien, la verdad sea dicha, no estaba muy satisfecho el fakí.

Como que era desordenado, y aun algunas veces, ¡horror! se atrevia á beber vino.

Pero era, en fin, un sirviente de la casa de Dios, y estaba en el interés de la religion hacer creer á todo el mundo, que un hombre adherido á las cosas santas, no puede ser malo.

En fin, nadie hubo que dudara que el diablo se habia apoderado de Maravilla, y que era hechicera, bruja, envenenadora, vampiro, y además de esto, homicida.

—La culpa la tiene el tio Mastuerzo, que ha criado muy mal á su hija, y será necesario creer

que él es tan bueno como ella, dijo una gitana que habia estado siempre envidiosa de Maravilla.

El tio Mastuerzo vió venir hácia sí una tempestad, y se apresuró á esclamar:

—Si por la sangre le viene á Maravilla lo que es ó lo que no es, yo no tengo que ver nada con eso, porque Maravilla no es mi hija.

Esta revelacion hizo que todos se acercaran al tio Mastuerzo y le agoviarón á preguntas.

—Por lo que Maravilla es ó no es mi hija, esclamó, se lo diré yo á quien se lo deba decir: ¡ea! y dejadme en paz, que yo no tengo nada que ver con esto.

Y se fue.

IV

No pasó mucho tiempo sin que acudiera un alcalde, armado de escribano y de alguaciles.

El cadáver de Moavia estaba en el átrio de la mezquita, rodeado de plañideras moras que lloraban sin tasa por el dinero que las pagaban para que lloraran.

El alcalde interrogó al muerto.

Como este no le respondia, le dió por difunto y preguntó á los vivos.

Recibió la declaracion del mas anciano de los que habian encontrado á Moavia espirante.

— De hechiceras artes infernales se trata, dijo el alcalde, esta es cosa del señor arzobispo: lo que á mí me toca, es lo de los muertos á mano

airada: á ver, alguacil Truenillos, yo os mando que prendais el cuerpo de María de la Maravilla Dominguez.

—Esa quisiera yo prender, dijo el alguacil, que es un cuerpo de gloria.

—¡Hé! ¡qué decís!

—Digo que la moza es una maravilla.

—Cuenta con que no os prenda yo y os entregue al tribunal eclesiástico del señor arzobispo para que os castigue severamente, por enamoradizo de hembras que tienen hecho pacto con Satanás.

—Me parece, señor alcalde, que todo esto que se dice es cuento, y que esa pobre...

—Silencio y prendedla.

—Cuando la haya á mano.

—Ahora prendedme al padre, á la madre, y á toda la familia, y encerrádmelos.

—Sí haré.

—Pero al momento.

—Por el aire.

Y Truenillos se fue á cumplir el mandato de su jefe.

V

El alcalde, con su séquito de gente de justicia, se fue á la alquería donde estaba muy en peligro don Diego Sarabia.

Aquella alquería era de un viejo soldado castellano, que por sus buenos servicios en la conquista, habia sido recompensado con muy buenas tierras por los Señores Reyes Católicos.

Vivia allí con su familia.

Su mujer, anciana ya, y dos hijos casados que tenian hijos pequeños.

Eran una providencia para los pastores moriscos, y estos los amaban y los defendian.

Porque no faltaban alrededor de Granada, moros montaraces y salteadores amparados de la sierra.

El señor Ruy Perez, que supo que se trataba de un caballero malparado, le hizo llevar á su casa, y le acomodó en una muy buena cámara.

En seguida hizo llamar á un viejo pastor árabe que era un gran médico, y le dijo:

—Quiero que ese hombre viva, Ben-Dathan.

—Pide á Dios que lo quiera tambien, replicó el pastor.

Y examinó al enfermo, que aun estaba sin sentido.

—Este hombre, dijo, ha recibido un gran sacudimiento en la nuca, es todo lo que te puedo decir.

—¿Morirá?

—No lo sé.

—¿Y esa sangre?

—No es suya.

—¿Tal vez de su caballo?

—Mas bien de la mujer que estaba con él en el espino del tajo.

—¿Y qué se ha hecho de esa mujer?

—Se la han llevado.

—¿Quién?

—Se ignora: la buscan ahora mismo nuestros pastores, y mucha gente de las alquerías.

—Vive Dios, que esta es una historia.

—Quiera Dios que no sea una historia de Satanás.

—¿Tú crees...?

—Todas las gitanas son hechiceras.

—¡Oh!

—Malas hijas del diablo.

—¡Oh! ¡oh!

—¡Malditas! cuando una gitana pasa por entre el ganado, yo rezo ciertas oraciones que son poderosas contra los maleficios.

—¿Qué vais á hacer?

—A romper una vena á este: tiene toda la sangre en la cabeza.

Y Ben-Dathan sangró de una manera cruel á don Diego.

Al principio la sangre apareció espesa y negra.

Corria con dificultad.

Al fin apareció mas roja y mas licuada, y corriò bien.

Una vez hecha la sangría el anciano pastor mandó cocer ciertas yerbas, que él mismo fue á buscar, y dió de aquel cocimiento á don Diego.

A mas le puso paños empapados en el mismo cocimiento en la cabeza.

VI

A la media noche el pastor, que no se habia separado del enfermo, dijo á Ruy Perez.

— Ese hombre vivirá ; dentro de quince dias estará mas ágil que tú y que yo.

— ¿ No temes equivocarte ?

— No me he equivocado nunca.

Y continuó al lado de don Diego cuidando de él.

Poco antes del amanecer, don Diego empezó á dar señales de reflexion.

Una hora despues habia vuelto completamente en sí.

— ¿ Dónde estoy ? dijo mirando con estrañeza

lo que le rodeaba. ¡Un lecho! ¡vendajes! ¿qué es esto?

—Se os ha encontrado sin sentido, caballero.

—¿Sin sentido?

—Sí... en un espino, en medio de un tajo.

—No recuerdo.

—Vuestro caballo se desbocó sin duda, y se tiró con vos y con una mujer que vos llevábais á la grupa por un tajo.

—¡Una mujer! ¡que yo llevaba á la grupa de mi caballo! ¡una mujer! esclamó con estrañeza don Diego.

—Sí, una gitana... una hermosísima gitana.

—Yo debo estar soñando, ó vos no debeis saber lo que decís.

—Ni vos soñais, ni yo digo lo que quiero, con-

testó Ben-Dathan : junto á vos, en el espino, á la mitad de la altura del tajo, estaba desmayada Maravilla, la hermosa gitana del arrabal de Faxalauza : los dos estábais atados.

— ¡ Maravilla ! esclamó don Diego

— Sí.

— ¿ Gitana ?

— Sí.

— No la conozco.

— ¿ Ois ? dijo Ben-Dathan á Ruy Perez ; ¡ no la conoce !

— ¿ Y bien, qué ? dijo Ruy Perez.

— Que aquí hay hechicería.

— ¡ Hechicería ! esclamó don Diego con asombro.

Y luego añadió :

— Yo me habia descuidado ; iba distraido... mi hermana... el caballo mordió el freno, se desbocó, llegó á una zanja... á una zanja horrible...

la saltó... entonces sentí un dolor agudo... despues, nada... dejadme... dejadme... mi cabeza...

Y don Diego, que se habia incorporado durante un momento, se dejó caer sobre las almohadas.

VII

Ben-Dathan le examinó.

— Nada... no hay cuidado, dijo... dejémosle reposar; salgamos, señor Ruy Perez.

Salieron y continuaron hablando sobre aquello.

Habia dos personas mas predispuestas contra la pobre Maravilla,

Segun ellos, era una hechicera, una maldita.

Pasó algun tiempo.

Ben-Dathan entró para ver si descansaba el enfermo.

Le encontró con los ojos abiertos escandecidos por la fiebre.

— ¡Elvira! murmuraba en el momento en que entró Ben-Dathan.

— ¡Bah! ¡bah! pensais en mujeres, dijo el pastor; dejaos ahora de eso; cuando esteis bueno acordaos de ellas.

— Esa mujer que acabo de nombrar es mi hermana... mi hermana que no sabe lo que es de mí.

Y la voz de don Diego, al pronunciar estas palabras, era ronca y profunda.

— ¿No ois? esclamó con la altiva y dura espresion de su carácter: que quiero ver á mi hermana... que se la avise.

— Nada nos habeis dicho hasta ahora acerca de vuestra hermana, dijo Ben-Dathan.

—Que vayan, que vayan á la calle de la Cárcel Baja, á la casa de los Sarabias... que digan á mi hermana doña Elvira que yo estoy aquí enfermo, que he sufrido una caida del caballo...

— Pero vuestra hermana se va á sorprender.

— Y bien... qué hemos de hacerle... no hemos de avisarla como estoy yo, porque se la asustaria... que venga en un coche.. que venga deprisa, que traiga consigo algunos criados... pronto, pronto, se pagará bien.

Ben-Dathan frunció el cano entrecejo y estuvo á punto de decir á don Diego que se le habia recogido por caridad, y que ni Ruy Perez ni él necesitaban ser pagados.

Pero temió irritar á don Diego en el estado en que se encontraba.

Salió.

VIII

— Ese hombre tiene el alma dura: ese hombre no es bueno, dijo á Ruy Perez.

Y le contó lo que acababa de hablar con don Diego.

—Y bien, dijo Ruy Perez; esto enfria el alma, pero la caridad no se hace para que la agradezcan, sino porque debe hacerse: cuantas mas amarguras produzca la caridad que hacemos, mejor.

Y llamando á uno de los moros, le mandó que montase en un viejo rocin que habia en la alquería, y que fuese á la calle de la Cárcel Baja, á la casa de los Sarabias con el mensaje de don Diego.

IX

Aun no habia pasado media hora, y ya estaba allí doña Elvira, pálida como una difunta.

En su hermoso semblante se marcaban las señales de que habia pasado una muy mala noche.

— ¡Oh qué mujer, Dios mio! esclamó Ruy Perez.

— ¿Dónde está, dónde está? dijo doña Elvira de una manera violenta, y sin saludar al viejo soldado.

Este la condujo al aposento donde estaba don Diego, murmurando:

— Tal para cual; en lo duro del génio el hermano se parece á la hermana.

Doña Elvira se detuvo aterrada.

Habia visto en el lecho á su hermano.

Vendada una mano, vendada la cabeza.

Le creyó en peligro de muerte.

Y se arrojó á él esclamando:

— ¡Ah, don Lope de mi alma! ¡amor mio!

Y le besó delirante y le cubrió de lágrimas.

— ¡Diablo! dijo Ruy Perez escandalizado, ¡y qué manera de amar una hermana á su hermano!

— Dejadnos solos si os place, dijo don Diego á Ruy Perez.

En aquel momento un mozo de la alquería entró apresuradamente y dijo con la voz temblorosa:

— Ahí está la justicia.

— ¡La justicia! dijo con altivez doña Elvira anticipándose á la respuesta de Ruy Perez: ¿y qué busca la justicia aquí?

Y salió.

Ruy Perez salió tras ella.

X

Lo primero, pues, que encontró el alcalde en la alquería cuando entró en ella, fue doña Elvira.

Retrocedió asombrado.

Le habia deslumbrado su hermosura.

— ¿Qué quereis? le preguntó con energía doña Elvira.

— Perdonad, señora, dijo el alcalde que la miraba embobado; pero yo no os busco á vos... busco á un caballero que...

— Ese caballero, dijo doña Elvira interpo-

niéndose al alcalde, es el regidor perpétuo de la ciudad de Granada, don Diego Sarabia.

— ¡Ah! ¡regidor perpétuo! dijo entrando con sumo respeto el alcalde.

— Del hábito de Calatrava.

— ¡Ah!

— Capitan de caballos de los Reales ejércitos de los Señores Reyes Don Fernando y Doña Isabel.

— ¡Ah! ¡oh!

— No puede vérsele, está enfermo.

— ¡Ah! perdonad, pero era necesario tomarle declaracion sobre cierta gitana, sobre cierta hechicera.

— ¡Una gitana! ¡una hechicera!

—Sí señora, una hermosísima gitana con la que se le ha encontrado atado á un espino.

— ¡A un espino!

— Con la faja de la gitana.

— ¡Atado!

— Y observad, señora, en la parte media de aquel derrumbadero.

El tajo se veia desde allí.

La alquería estaba al otro lado del valle.

— ¡Aquel tajo, aquel grande espino que hay en medio! esclamó doña Elvira.

— Sí señora, ahí los encontraron á los dos, y la faja que los sujetaba tenia sangre...

— ¡Sangre!

— Sí señora, dijo Ben Dathan; pero esa sangre no era de vuestro señor hermano, porque no está herido.

— Necesito tomar declaracion á ese caballero, dijo el alcalde.

— Es inútil, dijo Ruy Perez; ese caballero perdió el conocimiento cuando se le desbocó el caballo y no ha vuelto á recobrarle hasta hace tres horas; nada sabe.

— ¡Hechicerias, hechicerias! dijo el alcalde... en fin, si no se puede ahora tomar declaracion á ese caballero, se le tomará otro dia.

— ¿Y esa gitana? dijo doña Elvira.

— No solo ha hechizado á vuestro hermano, sino que ha hecho dos asesinatos... la hija de Satanás.

— ¿Y es hermosa?

— Tan hermosa, que la llaman Maravilla.

— ¿Y jóven?

— Diez y seis años.

Doña Elvira estaba pálida de una manera espantosa.

La centelleaban los ojos.

Por algun tiempo la emocion no la dejó hablar.

XI

— Aquí hay una maldicion, dijo en voz baja Ruy Perez á Ben-Dathan : no parece sino que esta hermana está enamorada de su hermano.

— Callad, escuchemos, dijo el pastor,

— ¿Y esa gitana está presa? dijo con un acento acerado doña Elvira.

— ¿Y quién prende una bruja, una hechicera? esclamó el alcalde : ha desaparecido : será necesario valerse de conjuros, de exorcismos ; esto es cosa del tribunal del arzobispo, y del reverendo Torquemada ; que la prendan ellos si pueden.

— ¡Desaparecido!

— Sí señora, como el humo.

— ¿Y esa mujer conoce á mi hermano ?

— Yo creo, y todo el mundo cree, que le ha hechizado.

En aquel momento uno de los criados que habia llevado consigo doña Elvira, dijo :

— El señor llama á la señora.

— Es necesario que yo hable con vos, dijo doña Elvira al alcalde.

— Muy bien, señora, pero en otra ocasion : yo volveré.

— ¿ Cuándo ?

— Mañana.

— ¡ Tan tarde!

— Tengo que trabajar mucho en este proceso.

— Pues bien, señor alcalde ; tomad esta sortija en memoria mia, y á Dios y hasta mañana.

Doña Elvira se entró para adentro.

El alcalde se despidió hasta el otro dia de Ruy Perez y de Ben-Dathan y se fue.

CAPITULO X

LO QUE HABIA SIDO DE MARAVILLA

I

Antes de seguir adelante, y para no embrollar nuestro relato, busquemos á nuestra hermosa gitana.

Moavia la habia arrastrado consigo.

Se habia alejado rápidamente de espesura en espesura, de roca en roca, cubriéndose siempre.

Cuando los pastores pudieron notar lo que habia acontecido al pie del tajo, ya estaba Moavia á una gran distancia con su carga.

Moavia iba poseido de la terrible alegría de la fiera, que conduce su presa á su cubil para devorarla á su placer.

Su corazon se agitaba de una manera violenta.

A cada momento sentia el voraz deseo de detenerse para contemplar á Maravilla.

Pero temia perder tiempo.

Dar lugar á los pastores que debian perseguirle para que le alcanzaran.

Y corria, corria, pero fatigado, porque la violencia de los latidos de su corazon no le dejaban respirar.

II

Maravilla continuaba desmayada, mas que por la sangre que habia perdido, que no habia sido mucha, por la violenta conmocion que habia esperimentado.

Su bellísimo y ancho traje, dejaba flotar su falda á impulsos del viento de la noche, y de la violenta carrera de Moavia que agotaba sus fuerzas por ponerse fuera de peligro con su presa.

III

Tan fascinado iba, tan preocupado, tan dominado por su brutal amor, que pasó sin reparar en él junto á un hombre que estaba sentado sobre una piedra.

Verdad es, que la penumbra producida por un peñasco inmediato, envolvia á aquel hombre.

Moavia pasó rápidamente junto á él.

Pero si Moavia no habia reparado en aquel hombre, aquel hombre habia reparado harto bien en Moavia.

Apenas este hubo pasado, el otro recogió una fuerte ballesta que tenia junto á sí sobre la yerba, y se puso de pie.

—¡Ah! dijo: ¡una mujer robada! ¡tal vez muerta!

Y se lanzó á la carrera buscando á Moavia, que acababa de tomar la vuelta á una espesura, y que tanto podia haber seguido por la derecha como por la izquierda.

Entre aquel laberinto de matorrales y de peñascos, un hombre podia perderse con mucha facilidad á los pocos pasos del que le persiguiera.

IV

El de la ballesta, que por su traje parecia moro, y mas que bandido, montero libre, lo que era considerado casi una misma cosa, porque si los bandoleros robaban á los caminantes, los mon-

teros libres cazaban en ageno; el montero libre, repetimos, volvió á avistar á Moavia, en el momento en que dejaba á Maravilla sobre la yerba, en un pequeño ensanchamiento ó planicie cubierta de grama, no lejos de un alto y ancho peñon.

Maravilla acababa de volver en sí.

Cuando pudo darse cuenta de que era conducida por un hombre, lanzó un grito de terror.

Moavia entonces se detuvo, la puso sobre la yerba, y asiéndola las manos, la miró de una manera candente.

—¡Ah! ¿eres tú, miserable? esclamó Maravilla haciendo inútiles esfuerzos por desasirse: ¿qué demonio me ha puesto en tu poder?

—¡Mia! ¡mia! esclamó sonriendo de una manera repugnante y con acento trémulo y horrible Moavia.

—¡Tuya! esclamó ya muy cerca el montero libre, y con acento amenazador.

V

Al oir aquella voz áspera, enérgica, Moavia dejó las manos de la jóven, se alzó y vió delante de sí un hombre de alta estatura, vestido con un sayo pardo, con calzas y abarcas, y un casco redondo y empañado en la cabeza, rodeado por una toca no muy limpia.

Aquel hombre tenia á la espalda una grande piel de gamo, al costado una espada corta y cruzado á la cintura un largo puñal, pendiente del hombro izquierdo por un tahalí ancho de cuero crudo una venablera, y en la mano derecha una ballesta.

—Deja esa mujer, ó deja la vida ; esclamó con

voz imperiosa, seca, ronca y breve el montero libre.

—¡Ah! ¡esa mujer ó la vida! esclamó contrayéndose como se contrae un tigre para saltar sobre su presa Moavia. ¡La vida! ¿te has venido tú acaso sin la tuya?

Y desnudando rápidamente su gumía, ensangrentada aun, se lanzó sobre el montero.

VI

Maravilla en tanto, mas aterrada aun, hacia inútiles esfuerzos por escapar.

Se habia levantado sobre sus rodillas y habia vuelto á caer desfallecida.

Lo que acontecia á poca distancia de ella, la aterraba.

El montero libre habia permanecido inmóvil.

Habia resistido la acometida de Moavia, y le habia asido la mano en que tenia la gumía.

Le habia atraido á sí, y arrojando su ballesta, le habia estrechado entre sus brazos.

Pero Moavia tenia los músculos de acero.

Era bravo, mas que bravo feroz.

El montero era atlético.

Comenzó una lucha terrible.

Aquellos dos cuerpos enlazados por los brazos, por las piernas, se agitaban, se retorcian.

Iban de acá para allá en un pequeño espacio.

Tan pronto se inclinaban á la derecha como á la izquierda.

Hácia adelante como hácia atrás.

Se oia un doble y sordo rugido.

Un doble y poderoso alentar.

Parecia como que crugian los huesos de aquellos dos hombres.

Y la lucha se prolongaba.

Y Maravilla, á causa de su debilidad, solo habia podido separarse un corto espacio de ellos, arrastrándose sobre las manos y sobre las rodillas.

VII

Al fin, aquellos dos hombres vinieron al suelo, como un árbol cortado por el pie.

Entonces rodaron tan pronto á la derecha como á la izquierda.

Tan pronto Moavia encima del montero.

Tan pronto el montero encima de Moavia.

Este conservaba aun en la mano la gumía.

Pero no podia servirse de ella.

La venablera del montero, sacudida por la lucha mientras habia tenido venablos, habia producido un ruido especial.

De improviso, Moavia lanzó un rugido de dolor.

En uno de los tumbos, habia cogido debajo por accidente la venablera, y un ángulo de esta le habia herido de una manera terrible un costado.

Aquel dolor insoportable cortó las fuerzas de Moavia.

El montero le dominó.

Se sobrepuso á él, y le hizo lanzar un segundo y mas horrible grito, oprimiéndole despiadadamente el pecho con una rodilla.

Luego le arrancó de la mano la gumia y le hirió donde se hiere á las reses, en el cuello, por encima de la clavícula.

La sangre brotó á raudales.

Moavia se estremeció en una convulsion poderosa.

Cerró los ojos.

El montero se inclinó sobre él, le creyó muerto, se alzó y arrojó la gumía á un jaral.

Despues acudió á Maravilla, que continuaba arrastrándose aterrada.

—Nada temas, pobre niña; nada temas, dijo el montero: yo te protejo; yo tenia una hija... una hermosa hija... la alegría de mis ojos... me la robaron... no la he vuelto á ver... yo me quedé solo sobre la tierra... yo por el amor de mi hija amo á todas las jóvenes que tienen la edad que ella tendria ahora... álzate y ven conmigo... yo te protejo; nadie osará ni aun á tocar á la estremidad de tus trenzas... yo te llevaré á sitio donde puedas con facilidad volver á tu familia.

—Yo me estoy muriendo, dijo con voz débil

Maravilla, que se habia alentado por la sinceridad y el afecto con que la habia hablado el montero.

—¡Ah! ¡sí! ¡tú estás herida! dijo este ayudándola á levantarse y reconociéndola.

—¡Herida! ¡desfallecida! ¡loca! esclamó Maravilla: ¿y él? ¿él? ¿qué ha sido de él?

—¿Quién es él? ¿tu padre? ¿tu hermano?

—¡No! ¡no! ¡él es él! ¡yo no le conozco! ¡yo no le habia visto nunca! ¡llévame, yo te lo ruego, por tu buena madre, al arrabal de Faxalauza!

—¡Ah! ¡yo no puedo! ¡podrian verme, prenderme!

—¡Ah! ¡tú eres un bandido!

—No; yo soy un montero libre; y los cuadrilleros de la Santa Hermandad que andan de noche por los caminos, ahorcan á los pobres monteros libres, de igual modo que si fueran bandoleros: como si los señores pudieran comerse toda la caza

que hay en sus cotos, y no pudieran dejar algunas reses en caridad á nosotros los desventurados: yo no puedo ir al barrio de Faxalauza... ahora, hija mia, es necesario que yo os lleve donde pueda curaros, donde podais reposar... dejad, dejad que yo os tome en mis brazos.

—¡Oh! ¡mi padre! esclamó Maravilla: ¡qué dirán de mí en el barrio! ¡Dios mio! ¡y todo, todo por hacer una obra de caridad!

—¡Y qué quereis, hija mia! dijo el montero tristemente: es doloroso conocerlo, pero con mucha frecuencia las obras de caridad producen desgracias al que las hace.

Y el montero suspiró profundamente.

—Venid, venid, hija mia, continuó: un hombre de confianza irá á vuestra casa á tranquilizar á vuestros parientes.

—Que me aman bien poco; contestó Maravilla con acento apenado... pero en fin, es necesario que sepan donde estoy.

VIII

El montero cargó sobre sus hombros á Maravilla.

La pobre jóven no podia dar un paso.

El montero era fuerte y ágil.

En muy poco tiempo, se puso muy lejos del lugar donde quedaba espirante Moavia.

Ascendia siempre.

Se internaba en la sierra.

Al fin, entre lo mas áspero se detuvo.

Dejó á Maravilla en el suelo y tocó su bocina.

Los ecos de la selva y de la montaña, repitieron aquel sonido atronador.

No tardó mucho en aparecer un hombre saltando por entre las breñas.

Aquel hombre era pastor y morisco como el montero.

—¿Qué es esto Juzef? le dijo: ¿has robado á esa doncella?

—¡Temo á Dios! contestó lacónicamente Juzef.

—¿Pues entonces?

—Nada te importa: lo que importa mucho Jacob, es que vayas al momento á Granada.

—¿Ahora mismo?

—¡Sí! importa poco la hora: ¿á dónde ha de ir, hija mia?

—Al Albaicin, contestó Maravilla, fuera de la puerta de Faxalauza: al barrio de los gitanos.

—¡Ah! esa doncella es gitana, dijo con repugnancia Jacob.

—Una criatura de Dios, contestó severamente Juzef.

—¿Y á quién he de buscar? preguntó Jacob ya mas contenido.

— A la gitana Azucena; vive en la calle que se encuentra á la vuelta del Aljibe de los Beniceytun, es una pequeña casa que tiene un terrado encima y en el terrado macetas de flores; llamad á la ventana; no hay mas que una y da al dormitorio de Azucena; si no quiere responder ó abrir, decidla que os envio yo... Maravilla, no lo olvideis; decidla que diga á sus parientes que no se inquieten por mí; que estoy en seguridad, que nada me ha acontecido.

— ¿Y nada mas?

— Nada mas sino que cuando yo vuelva, que será mañana, sabrá la causa de que yo haya pasado la noche fuera de mi casa; que nada hay en ello de reprensible ni de deshonroso: que estén, pues tranquilos.

— Iré.

— ¡Iré no! dijo Juzef! ve ahora mismo.

— Pues ahora mismo: á Dios.

Y Jacob se alejó.

—Para que vaya yo ahora, dijo, á dos leguas de aquí... mañana en amaneciendo, esclamó cuando se hubo separado de ellos; miren el viejo Juzef que piensa todavía en mujeres... y una gitana... verdad es que es hermosa como un ángel del sétimo cielo... Juzef pierde su alma.

Y Jacob suspiró porque sin duda á él no le parecia muy duro perder su alma por una mujer tal como Maravilla.

Luego se perdió entre las breñas.

Llegó á una cabaña, se metió en ella y se acostó.

IX

Juzef cargó de nuevo con Maravilla, que de momento en momento estaba mas desfallecida.

Continuó en marcha por espacio de una hora, y en paso tan rápido y tan potente que en aquella hora anduvo dos leguas.

El frio de la noche, y tanto mas en la Sierra acabó por hacerse insoportable.

— ¿Pero cuándo paramos? esclamó apenada Maravilla; ¡yo me muero!

— Ya hubiéramos parado, hija mia, esclamó Juzef; mi cabaña está mucho mas abajo; pero no he querido llevarte á ella y que en ella permanezcas.

— ¿Y por que?

— ¿Te has olvidado de lo que ha sucedido esta noche?

— ¡Ah! no me olvidaré nunca, esclamó con vehemencia Maravilla pensando en don Diego.

— He muerto á un hombre.

— Pero ese hombre era un miserable.

— Sí, lo he muerto defendiéndote y defendién-

dome: pero nadie lo ha visto: los cristianos son muy crueles... ahorcan por todo... puede suceder que en muchos años no encuentren á ese hombre... puede ser que le encuentren mañana; que le hayan encontrado ya.

— ¿Pero creis que haya muerto?

— Cuando yo hiero, contestó sombriamente Juzef, ya sea á una res, ya á un hombre, mato siempre.

— ¿Habeis matado hombres? esclamó con estremecimiento Maravilla.

— Sí, y mas de uno; pero siempre defendiéndome, ó vengándome, ó en guerra contra los enemigos de mi Dios y de mi patria; siempre frente á frente, en peligro y con razon.

— Nunca hay razon para matar.

— Qué ¿no mata la justicia?

— Sí.

— Pues bien, cada hombre es una justicia,

porque cada hombre es una razon y un corazon: ¿para qué necesitaba yo pedir justicia, que tal vez no me hubieran hecho, si yo podia hacérmela por mí mismo? ¿crees tú que los cristianos me hubieran hecho justicia si yo, antes de la conquista, hubiera salido de mi reino moro de Granada, y hubiera ido á Castilla y hubiera dicho: uno de vuestros mas nobles caballeros me ha robado cuanto yo amaba, cuanto yo poseia, mi hija... en pago de haberle salvado la vida y de una generosa hospitalidad? No... me hubieran dicho: infiel, vuestras hijas, vuestras esposas, vuestras vidas, vuestras haciendas son nuestras con tal de que vayamos á quitároslas no importa cómo: no, hija mia, no se hace justicia á los hombres de un pueblo enemigo: todo es lícito contra ellos: pero yo tenia en mí, puesta por Dios, mi parte de justicia; cargué con ella, y con mi dolor y mi venganza; entré en el càstillo, aceché al miserable, le maté y me volví: ¡ah! ¡ah! los que se quedan sin justicia y sin venganza son los

débiles y los cobardes, y yo no soy ni lo uno ni lo otro.

Calló Juzef y continuó marchando en silencio por algun tiempo, soportando siempre con facilidad el peso de Maravilla.

X

— Sí, ese hombre puede ser encontrado, continuó, y aunque no se sabe dónde yo me oculto por los que no conocen la montaña, lo sabe Jacob.

— ¿El pastor?

— Sí.

— ¿Y desconfiais de él?

— Al principio no: pero despues te miraba con codicia; yo no le despedí por no ponerle en sospecha; pero me propongo llevarte á lugar don-

de no puedan dar contigo ni conmigo: la Sierra es muy grande, hija mia, y donde yo voy á llevarte estarás mejor y mas acompañada que en mi solitaria cabaña, y yo estaré mas libre; yo me acercaré mañana á Granada y haré que tus parientes tengan noticia de tí y sabré lo que haya que hacer. Pero anímate; vamos llegando; mira en aquella cumbre pararemos.

Y Juzef señaló una alta montaña que aparecia completamente iluminada por la luna.

XI

Un espeso encinar orlaba el pie de aquella montaña.

Cuando entraron por él, Maravilla se encontró á oscuras.

Tan espeso era el follaje.

Se estremeció de miedo.

— ¿Por que tiemblas, hija mia? la preguntó dulcemente Juzef.

— ¡ Aquí debe haber lobos !

— ¡ Lobos eh ! contestó chanceándose Juzef; puede ser que los haya, pero los lobos no son terribles, á lo menos para mí: huyen de los hombres y nunca los acometen sino durante las grandes nieves en que están rabiosos de hambre: no temas.

— ¿ Es tan lóbrego este sitio ?

— Asi conviene para ocultarse: lóbrego, áspero y apartado: esto no es camino para ninguna parte: ¡ ah ! sí; para el albergue de los desventurados que, no queriendo abandonar su patria ni someterse al vencedor, han buscado agujeros en la sierra en los que viven como fieras, ó mas bien como águilas: pero al fin pisan el suelo de su patria y nadie los oprime; la Sierra les da pasto para sus ovejas, tienen terreno donde siem-

bran lino, cazan y no se acuerdan de que á pocas leguas viven insolentes sus vencedores, porque sus vencedores no vienen nunca por aqui.

XII

Empezaron á salir entonces de la selva.

Volvió á brillar la luz de la luna.

Juzef empezó á trepar por un sendero escarpado que serpeaba por una pendiente casi tajada.

Allí se sentia mucho mas frio.

La herida molestaba demasiado á la pobre Maravilla.

Sin embargo, sufria y callaba.

Al cabo de media hora llegaron á lo alto.

A un estensísima esplanada.

Las ruinas de un antiquísimo castillo, romano

sin duda, se veian á poca distancia al llegar á la cumbre.

Alrededor de este castillo, de estas ruinas y como amparándose de ellas contra los fuertes vientos que allí eran terribles cuando reinaban, habia una multitud de casas de tierra cubiertas de pizarra y blanqueadas, situadas en forma de poblacion alrededor de una antiquísima y desmochada torre de forma redonda.

Esta pequeña poblacion, compuesta de unas cincuenta ó sesenta casas, estaba rodeada por un alto muro ó tapia de tierra, que de trecho en trecho tenia un portalon de madera.

Delante de esta tapia habia un foso profundo.

Se comprendia que aquellos proscriptos, que no habian abandonado su patria, estaban resueltos á defenderse.

Para los moros en los primeros tiempos de la posesion de Granada por los castellanos, la conquista no era una cosa definitiva.

Esperaban que un dia una insurreccion ó un poderoso socorro de Africa, les volverian su ciudad querida.

Así es que todos los que pasaron á Africa, se llevaron las llaves de sus casas, que conservan aun sus descendientes.

¿Dónde encontrarian hoy estos su antigua casa solar, y si subsiste aun cómo la conocerian, y si la conociesen, dónde la puerta y las cerraduras de aquellas llaves?

Y, sin embargo, se conservan aun, y los que las poseen creen, con una fé ciega, que si no ellos sus descendientes irán á la ciudad, siempre llorada, buscarán su casa con las señas y planos y nombres que guardan en viejos pergaminos y abrirán sus puertas con aquellas llaves sagradas.

Todos los que vivian en aquel *alcocer* (lugar en alto) guardaban las llaves de sus casas de Granada.

XIII

Algunos perros enormes, guardianes vigilantes del *alcocer*, se lanzaron á la poterna á que se habia dirigido Juzef con Maravilla.

—Estos son peores que los lobos, dijo Juzef poniendo en el suelo á Maravilla, que se sentó desfallecida y calenturienta: pero ya vuelven y no tardará quien los sosiegue.

Juzef se llevó la bocina á los labios y tocó de una manera poderosa y apresurada como demandando socorro.

Fue maravilloso el efecto que el sonido de la bocina hizo en los ecos de la montaña.

Habian pasado cinco minutos y todavía repetia el eco, mas distante cada vez, el sonido.

Las montañas son majestuosas con su salvaje grandeza.

Con sus selvas, con sus accidentaciones, con sus torrentes, con sus ecos, con sus águilas, con sus animales bravíos.

Un montañés enlanguidece en el llano, y se ahoga en nuestras mezquinas poblaciones con sus laberintos de calles y sus hacinamientos de casas.

La montaña, y el Océano, y el desierto.

Hé aquí los tres grandes rivales.

XIV

No tardó en acudir un grupo de hombres armados.

— ¿Quién llama? dijo en mal castellano uno con acento receloso y amenazador.

— Un hermano, contestó en árabe Juzef.

— Bien venido seas, nuestro buen amigo, contestó en árabe el otro y con la voz tranquila y dulce: entrad.

— Antes sujetad á los perros: viene conmigo una persona estraña y enferma.

— Nuestros perros no acometen á aquellos á quienes nosotros abrimos las puertas de nuestro albergue: entrad, entrad sin cuidado.

Y se abrió la poterna.

Entraron Maravilla y Juzef.

Apoyada aquella en el brazo de este.

En efecto, los perros, en vez de acometerlos, les rodearon, les olieron y les menearon las enormes colas.

V

— ¿Qué jóven es esa, Juzef, dijo el que habia hablado antes, que era un anciano.

— Una buena niña á quien una obra de caridad ha costado muy cara, dijo Juzef.

— Por que son muy caras las obras de caridad las premia Dios, dijo el anciano.

—Sí, en el paraiso.

— Como que el paraiso se ha hecho para los mártires.

— Esta jóven necesita reposo y cuidados, dijo Juzef; viene ademas helada la pobre y yo no mucho menos, aunque estamos en el mes de abril, en la sierra y en esta altura hace un frio endiablado.

—Por eso no quede, dijo el anciano.

Y volviéndose á los otros moros que le acompañaban, que por su juventud parecian sus hijos, añadió:

—Cerrad, no se nos entre algun lobo: llueven estos dias: adelantad y encended un buen fuego en el hogar: preparad carne, leche, queso y miel: nuestros huéspedes tendrán apetito.

—Y bueno por mi parte, dijo Juzef: pero traigo yo algo muy bueno en mi zurron.

Los otros moros adelantaron, y el anciano siguió junto á Maravilla que se apoyaba en Juzef.

El viejo moro la miraba con un gran interes.

—¿Es cosa tuya Juzef? preguntó.

—¡Mia! yo no tengo nada mio mas que mi lebrela y mi ballesta, contestó tristemente Juzef.

—Tenias una hija...

—Mi hija tendria ya treinta y cuatro años y esta jóven apenas tiene diez y siete.

—Podria ser tu nieta.

—¡Mi nieta!... ¡oh! ¡si fuera mi nieta! esclamó Juzef.

Y se estremeció.

—Yo seria feliz, añadió: tendria algo que amar.

—Consideradme como si fuese vuestra nieta: contestó Maravilla: ¿quién sabe si no me queda ya en el mundo mas amparo que vos.

—¡Buen amparo el de un pobre viejo! dijo tristemente Juzef: pero vamos, aun tengo amigos que me estiman: ¿no es verdad Jael?

—Tú mereces que te se estime, Juzef; tú eres un buen creyente temeroso de Dios y alejado de Satanás.

XVI

Llegaban entonces al fin de una calle muy corta sin salida, pero ancha.

Aquella calle se apoyaba en la altísima torre redonda de que hemos hablado, y era ancha para que campeara el pórtico de la torre, que era gigantesco y de un bello órden dórico, aunque gravísimamente mutilado por los siglos.

La luna iluminaba de lleno este pórtico.

Entraron.

El interior de la torre estaba dividido en algunos apartamientos que eran, sin embargo, grandes.

Aquello se habia hecho habitable de una manera ruda.

Para albergar una gran familia.

La division se habia hecho con tablas, de las que habia dado gratis todas las que se habian necesitado la montaña.

Aquellas tablas estaban cubiertas de estuco, tambien por la montaña procurado.

Este estuco estaba lijeramente ornamentado.

Aquella morada tenia algo de bello, algo de artístico.

XVII

Maravilla se confortó un tanto al calor de una alegre llama que ardia en un inmenso hogar.

Cuatro mujeres de la familia, que habian sido despertadas por los que habian ido delante, y que formaban una gradacion de edades, desde los

cincuenta años hasta los quince, se ocupaban en preparar lechos y cena para los recienllegados.

Maravilla sufria mucho de la herida que tenia en el hombro.

La punta del espino la habia roto la piel.

Se la habia rasgado.

La mora de mas edad, aunque habia visto con estrañeza á una jóven sola con Juzef, con mas estrañeza su abigarrado y bello traje de gitana rica, sus joyas, y con mas estrañeza aun, su grande hermosura, prescindió de sus sospechas y de la repulsion que la inspiraban los gitanos, y no vió mas que la sangre que manchaba aquella rica seda, aquella esquisita lana, y la palidez mortal de Maravilla, y su espresion de sufrimiento..

Buscó, pues, trapos limpios y finos, unas redomas en que habia ciertos ungüentos, y de una vieja arca sacó una placa de oro esmaltado pendiente de una cadena del mismo metal.

En la placa se veia en esmalte azul, el sello cabalístico de Salomon.

Lo que quiere decir que aquella joya era un amuleto.

Entretanto, una jóven, por consejo de la de mas edad, habia puesto á cocer al fuego unas yerbas secas.

Maravilla fue conducida á un aposento y puesta en un lecho, compuesto de almohadones.

XVIII

La primera operacion de la mora, fue poner al cuello de Maravilla el amuleto, para que con su virtud sobrenatural, ayudase eficazmente á la pronta curacion.

Despues, murmuró con gran fe algunas oraciones.

Al fin, para empezar la cura de Maravilla, era necesario descubrirla los hombros y el seno.

Maravilla se puso roja como una guinda y hubo una lucha.

El pudor de la joven se sublevaba.

Esto predispuso en su favor á la mora.

—Puede ser que no sea gitana, dijo: todas las gitanas son cobrizas y con el pelo negro, y esta es blanca como una azucena, y tiene los cabellos rubios como el oro: tan rubios como los de mi Aleidah.

Al fin Maravilla se entregó.

Sayda Azorah, que así se llamaba la mora, que era esposa de Sidy Jaël, el jefe, no solo de la familia, sino de la tribu fundadora y moradora del *alcocer*, lavó blandamente la herida, curó perfectamente á la jóven que notó una frescura deliciosa en la herida á beneficio de aquellos bal-

samos, y murmuró no sabemos cuántas oraciones, haciendo una y otra y otra vez en el aire y sobre la herida con el dedo pulgar, el signo de Salomon.

XIX

En fin, entró una preciosa rubia, con la frente serena y pálida, con las largas trenzas tendidas por delante, y por único traje una túnica de lana blanca, cerrada pudorosamente en el cuello con mangas perdidas, largas hasta los pies y ceñida en el talle por una estrecha faja de lana azul.

Aquella jóven, que á penas contaria quince años, era Alidah.

Traia en las manos un plato y una taza, en que humeaba un cocimiento rosado.

Sayda Azorah dió á beber aquel cocimiento á Maravilla, despues la acostó, la cubrió cuidadosamente con algunas mantas rayadas, despidió á su hija Alidah, se sentó sobre el tapiz estendido delante del lecho, tomó el rosario que tenia en la cintura, y se puso á rezar.

Poco despues, Maravilla dormia profundamente.

CAPITULO XI

DE COMO LOS QUE TIENEN POR QUE TEMER DEBEN VIVIR DONDE NADIE LO SEPA

I

Apenas amaneció, Juzef despues de haber comido un magnífico alcuzcuz con Sidy Jaël y con sus hijas, desembuchando la caza menuda que contenia su morral, puso en él un pan esclamando:

—Para mi Bul-bul.

Bul-bul no era otra cosa que la buena lebrela de Juzef.

Se despidió hasta dentro de poco tiempo, y partió.

Descendió en paso rápido por las quebraduras.

Pero no tardó menos de dos horas en llegar á un lugar braviamente agreste y peñascoso, situado en el fondo de un desfiladero.

El lugar era magníficamente pintoresco.

Al rededor del tronco de una gigantesca haya, habia una cabaña circular.

Mucho antes de que Juzef llegase á esta cabaña, se oyeron los ahullidos de alegría de un perro.

O mas bien de una perra.

Porque la que saludada desde lejos á su amo, era Bul-bul.

II

Juzef apresuró el paso.

Llegó á la cabaña y empujó su puerta, quitándola un simple fiador de madera que servia únicamente para que no pudiesen entrar los lobos.

Bul-bul, que era un magnífico animal manchado, se lanzó fuera, frenética de alegría, saltó una y otra vez á Juzef, le acarició y olió ávidamente el morral.

—¡Oh! ¡los animales! ¡los animales! ¡los perros! ¡el caballo! esclamó Juzef: ¡ellos nos aman! ¡ellos se ponen á punto de morir de alegría, cuando nos ven despues de una corta ausencia! ¡Ellos nos consuelan de las maldades y de las ingratitudes de los hombres! ¡paciencia, un

poco de paciencia, Bul-bul! ¿tienes hambre, no es verdad, pobre? por lo mismo es necesario que la comida sea buena.

Y Juzef puso un monton de leña en el hogar, puso en la cadena que sobre él pendia una pequeña caldera con agua, y se sentó en el suelo sobre sus piernas cruzadas, junto al fuego.

Permanecia inmóvil y meditabundo.

Bul-bul se tendió á la larga sobre su estera, y permaneció mirando atentamente á su amo.

Parecia como que comprendia su tristeza.

Juzef tenia el pensamiento y el corazon llenos de Maravilla.

La amaba ya.

Pero con un amor doloroso que le recordaba, no una amante muerta ó malograda, sino una hija perdida.

Sufria y gozaba á un tiempo de una manera inmensa.

III

Al fin, el ruido del hervor del agua sacó de su abstraccion á Juzef.

Quitó la caldera del fuego, defendiéndose la mano con un estremo de su alquicel replegado y luego fue á una tabla que habia pendiente de dos cuerdas de una pared de la cabaña y tomó un pan de grasa de venado.

Le cortó en pedazos con su puñal, y le echó en el agua hirviendo; puso sal y partió el pan que habia llevado en el morral.

Cuando la sopa estuvo hecha, Bul-bul se acercó, dió vueltas alrededor de la caldera esperando á que se enfriase un tanto su pitanza, probó tres veces, hasta que al fin, y bien caliente aun, acometió la sopa y la tragó en pocos segundos.

—El que come debe trabajar, Bul-bul, dijo Juzef: en marcha.

Bul-bul salió saltando y venteando la tierra y se lanzó á la carrera como un rayo.

Juzef salió y afianzó la puerta.

Luego se puso rápidamente en marcha.

IV

A poco volvió á aparecer Bul-bul á la carrera.

Traia en la boca una magnífica chocha perdiz que aleteaba aun.

Juzef echó la pobre ave espirante en su morral y continuó.

Dos horas despues llegó á un lugar alto desde el cual se descubria ya la Vega.

Juzef se detuvo.

Se sentó sobre una piedra.

Aquel era el sitio, el único sitio donde podian verle alguna vez los pastores.

Juzef esperaba á que fuese á verle Jacob.

Desconfiaba sin embargo de él y estaba alerta.

V

Pasó como una media hora.

De improviso Bul-bul, que habia desaparecido, volvió corriendo, se detuvo junto á su amo, se levantó sobre las patas y produjo un gruñido particular, como si hubiera querido darle un aviso.

Y debia ser importante el aviso porque Juzef se alzó de la piedra en que estaba sentado, armó su ballesta y se lanzó á las cercanas breñas murmurando:

— ¡Ya lo temia yo! ¡ha sentido codicia por

ella! ¡oh! ¡y que bien he hecho en no llevarla á mi cabaña! ¡No importa! ¡él debe haber averiguado!... ¡él me dirá!

VI

Bul-bul siguió silenciosamente á su amo.

Este tomó posicion en una roca coronada de malezas, desde la que podia observar sin ser visto y escapar con facilidad, sino encontrándole Jacob servia de guía á los que con él fuesen para buscarle.

No tardó mucho en aparecer Jacob solo, que llegó al sitio donde le habia esperado Juzef, y miró en torno suyo con la estrañeza de quien no encuentra lo que creia encontrar de seguro.

Poco despues aparecieron algunos cuadrilleros con los arcabuces al hombro.

Delante de ellos iba otro cuadrillero sin arcabuz y con espada y con un traje mas rico y mas vistoso que los otros.

Aquel era un jefe.

Un alcalde de la Santa Hermandad.

Como si dijéramos, un oficial de cuadrilleros.

Llegaron hasta donde estaba Jacob.

Este les habló acaloradamente, y miró en torno suyo con miedo.

Los cuadrilleros soplaron las mechas de sus arcabuces, como preparándose á usar de ellos.

Juzef los contó.

Eran cinco con el alcalde.

— No quiero sangre, dijo ; de otro modo antes de mucho no quedaria uno: ¡ bah ! el Altisimo y Unico no tiene misericordia para el que vierte sangre sin necesidad.

Y se echó la ballesta al hombro, y seguido de Bul-bul se embreñó mas y mas ascendiendo siempre, y describiendo un semicírculo.

Al fin marchó en línea recta y á gran paso.

Una hora despues llegó al desfiladero donde entró y se puso á observar desde una altura inaccesible oculto entre la maleza.

Pasaron dos horas sin que apareciese nadie.

VII

Al fin asomaron los cuadrilleros que se dirigian á la cabaña y abriendo su puerta penetraron en ella.

Entonces apareció Jacob, que estaba pálido é inerte.

— ¡ Traidor ! murmuró Juzef.

Los cuadrilleros salieron á poco.

Hablaron con Jacob y se pusieron en marcha.

Apenas habian desaparecido, cuando de la cabaña se levantó una lijera columna de humo que fue creciendo y condensándose.

Al fin se alzó una llama que se convirtió en una hoguera.

El fuego envolvia la cabaña y el arbol.

— Afortunadamente lo que habia dentro valia bien poco, dijo Juzef, y otra cabaña se construye pronto ; el aviso vale mucho mas que lo que pierdo; yo confiaba en esos miserables: de hoy en adelante nadie sabrá el lugar de mi reposo: ahora es necesario que yo hable con Jacob.

Y miró por última vez su cabaña inflamada, suspiró y se puso en marcha.

VIII

Mucho despues del medio dia, llegó á la embocadura de un amenísimo valle.

De una ancha y larga meseta de la montaña tapizada de una fresca y espesa yerba.

En aquella pradera pastaban como cien cabras.

Una pastora hermosa, pero con una hermosura salvaje las guardaba.

Estaba sentada bajo un roble y amamantaba un niño de pocos meses.

A alguna distancia, apoyada contra una roca, habia una cabaña, y junto á ella un aprisco con sotechados de retama.

Dos enormes mastines estaban tendidos junto á la pastora.

IX

Una hora despues de haberse apostado Juzef sobre la pradera, apareció á un estremo de ella Jacob, solo, triste y pensativo.

Su semblante estaba muy pálido.

Atravesó lentamente la pradera y llegó á donde estaba la pastora, que se levantó y se dirigió á la cabaña despues de haber hablado con ella algunas palabras Jacob.

— Nada sabe Alifa, dijo Juzef; estos zorros no confian sus secretos á sus mujeres.

Despues de estas palabras, Juzef lanzó un largo y fuerte silbido.

Jacob levantó la cabeza, se estremeció y miró con miedo al lugar de donde habia partido el silbido.

Resonó un nuevo silbido mas impaciente.

Un segundo estremecimiento mas fuerte pasó por el cuerpo de Jacob y creció su palidez.

Sin embargo, se puso en marcha y llegó al lugar donde esperaba Juzef.

Alifa habia salido á la puerta de su cabaña.

—¿A dónde vas, Jacob? gritó.

Y en su voz se dejaba sentir algun cuidado.

— Nada sabe, pero adivina y teme, dijo Juzef.

Y adelantando y apareciendo al descubierto, gritó:

— No temas, Alifa; va con un amigo.

— ¡Ah, eres tú, Juzef! respondió tranquila ya Alifa: entonces vaya en buen hora.

— Sígueme y no temas, dijo Juzef á Jacob, ya has oido que he dicho á tu mujer que vas con un amigo.

Y se puso en marcha.

Jacob le siguió sumiso como un perro.

Era ya bien avanzada la tarde.

CAPITULO XII

EN QUE SE SABEN ALGUNOS ANTECEDENTES DE LA HISTORI DE MARAVILLA

I

Juzef continuó marchando durante un largo espacio.

Se detuvo al fin en un lugar completamente cerrado entre grandes árboles.

—Siéntate, dijo á Jacob sentándose sobre una piedra.

Jacob se sentó y miró con gran recelo á Juzef.

— Cuando me temes algo me debes, dijo este; pero no se trata ahora de eso. ¿Dónde has estado esta mañana?

— En el barrio de Faxalauza.

— ¡Ah! ¿no has ido hasta esta mañana?

— Anoche estuvo enferma Alifa.

—Pues tiene la cara de la mejor salud del mundo.

—Fue una cosa de poco cuidado.

— ¿Qué has visto en Faxalauza?

—Todo allí andaba revuelto: habian matado al muedano de la mezquita de los Beni-Zeytun y se decia que le habia matado una hermosa gitana que se llama Maravilla, y que dicen que á pesar de su juventud es hechicera y bruja y dada al diablo.

— ¿Has visto á la familia de la jóven con quien me encontraste anoche?

Esa jóven es la gitana que ha matado al sacristan.

— ¿Dicen eso?

— Sí.

— Pues mienten: Moavia, el muedano de la mezquita de los Beni-Aceytun, era un mal hombre, un perverso, y quien le ha matado he sido yo.

— Pues dicen que el muerto ha dicho antes de morir, que quien le habia matado era Maravilla.

— Moavia era un malvado, y ya habrá dado cuenta al Altísimo de sus graves culpas: pero en fin, ¿has visto á la familia de Maravilla?

— Maravilla no tiene familia.

— ¡Cómo!

— Así me lo ha dicho el Mastuerzo, un gitano viejo que pasaba por padre de Maravilla.

—Pues Maravilla cree que tiene familia.

—Cuando pregunté por el padre de esa jóven, el Mastuerzo me dijo de muy mal humor.

—Yo no soy el padre de esa persona: que no vengan á mi á hacerme cargo de nada: si ella es bruja y hechicera y homicida, y hace que se desboquen los caballos de los hidalgos para que se despeñen y chuparles la sangre, yo nada tengo que ver en eso.

—¡Ah! ¿acusan de todos esos horrores á Maravilla?

—Sí, y la justicia la anda buscando por todas partes.

—De modo que, si yo me hubiera descuidado, si yo hubiera tenido confianza en tí, si yo hubiese llevado á esa pobre jóven á mi cabaña, ¿estaria perdida, encerrada en un calabozo, cargada de cadenas?

—Yo no he tenido la culpa de lo que he hecho.

—¡Ah! ¿no? esclamó sombriamente Juzef.

—No: porque el Mastuerzo dió parte á la justicia de que yo habia ido á llevarle un recado de Maravilla, y un alcalde cristiano me prendió y me dijo:

—Puesto que tú has traido un recado de esa mujer, sabes donde está y lo ocultas: tú pararás en la horca.

Yo tuve miedo, me acordé de mi mujer y de mi hijo, y me volví con algunos cuadrilleros á la sierra.

—Pues acuérdate de tu mujer y de tu hijo para obedecerme en lo que te voy á mandar.

—Te obedeceré.

—Vé de nuevo al arrabal.

—Iré.

—Pero vé de noche que nadie te vea.

—Bien: tampoco quiero yo ser visto.

—Busca al Mastuerzo y tráele.

—¿Y si no quiere venir?

—Dile que le vas á entregar su hija á él solo, nada tiene por qué temer y vendrá.

—¿Y si no quiere venir?

—Vendrá: él ha dicho á la justicia lo que no sentia de miedo. Vé al momento.

—¿Sin comer con mi mujer?

—Come con ella en buen hora: en seguida te pones en camino: llegarás al cerrar la noche: yo te estaré esperando á la media noche en lo alto de la rambla de las Aguilas. Vé.

Jacob partió.

II

Juzef tomó á gran paso el camino del *alcocer* de Jaël.

Llegó ya de noche.

Vió á Maravilla.

Estaba esta en muy mal estado.

Sufria una ardiente fiebre y deliraba.

Juzef comió algo, habló con Jaël acerca de Maravilla, y partió.

Cerca de la media noche llegaron á un gran ensanchamiento, orlado de altas rocas, en las cuales graznaban las águilas, y cubierto de peñas y arena rojiza.

Aquella era la rambla de las Aguilas.

Hacia luna llena.

Juzef, consultando ese eterno cronómetro que jamás miente acerca de la hora, el firmamento, vió que era la media noche en punto.

III

A poco se sintió ruido.

Aparecieron subiendo por el arenal, tres séres.

Dos hombres y un asno, sobre el cual iba montado uno de los dos hombres.

Aquel hombre era Mastuerzo.

El otro Jacob.

Juzef se mantuvo oculto, hasta que se conven-

ció que nadie acompañaba á aquellos dos hombres.

Entonces adelantó hácia ellos.

—¿Quién es este? dijo el Mastuerzo con algun recelo al ver á Juzef, que aunque no lo era tenia unas terribles trazas de bandido.

—Este es el que tiene en su poder á tu hija, contestó Juzef.

—Ya te he dicho que Maravilla no es mi hija, contestó Mastuerzo.

—¿Y de quién es hija? preguntó Juzef.

—El diablo que lo sepa, respondió Mastuerzo; ¿qué te importa eso á tí!

—Te advierto, dijo Juzef, que si no me hablas con respeto y no me obedeces, yo te mostraré que llevo para algo una ballesta al hombro.

—¿A dónde me has traido tú? preguntó el Mastuerzo temblando de miedo á Jacob.

—Nada temas, contestó este: Juzef, el montero, es un hombre honrado y temeroso de Dios.

—¿Y qué me quieres? dijo el Mastuerzo á Juzef.

—Véte, dijo Juzef á Jacob.

El pastor obedeció.

—¡Ah! esclamó el Mastuerzo procurando anduviese su asno para seguir á Jacob.

—No, dijo Juzef: tú permanecerás junto á mí: tenemos que hablar mucho.

IV

El Mastuerzo hubo de resignarse.

—Apéate, le dijo Juzef.

El Mastuerzo se apeó.

—Sígueme.

—Yo no me muevo de aquí.

—¿Estarás menos solo conmigo que aquí en otro lugar? todo es para que no nos azote el viento.

El Mastuerzo siguió á Juzef.

Este se detuvo entre rocas, en un lugar abrigado del viento.

Un rayo de la luna penetraba en aquel reducido espacio, á través de la madreselva que le servia de techo, é iba á iluminar una pequeña balsa de agua trasparente que formaba un arroyo.

Aquel lugar era bellísimo, melancólico, poético y podia llamársele un gabinete de la montaña.

V

Sentémonos, dijo Juzef.

El Mastuerzo se sentó receloso sin dejar el ronzal de su asno.

Juzef se sentó tambien y abrazó su ballesta.

Esto tranquilizó algo á Mastuerzo.

—¿Por qué dices que Maravilla no es tu hija? le preguntó.

—Porque no lo es, contestó el Mastuerzo.

—¿De quién es hija?

—Del Diablo.

—¿De quién es hija?

—No lo sé.

—Los gitanos sois ladrones de niños.

—Y bien, qué.

—Tú has robado á Maravilla.

—Que la haya robado ó no, nada te importa.

—Te advierto que si no me respondes á lo que te pregunte, no volverás á tu casa.

—¡Me matarás!

—No, pero te encerraré en una cueva, y allí estarás hasta que hables.

—Bien, sí... hablaré; pero yo no quiero revolver los huesos de mi hija Jacinta... ¡la infeliz!

—¡Ah! ¡tú has perdido una hija...!

El Mastuerzo se conmovió.

—Sí, por las infamias de un cristiano.

—¡Oh! otro cristiano ha matado á una hija mia, esclamó con una profunda tristeza Juzef.

—¡Tú tambien!

—¡Sí, yo: pero habla!... ¡habla! ¡nos entenderemos: bien puede hablar de la deshonra y de la desgracia de una hija suya, un padre á otro padre, cuya hija ha sido deshonrada y muerta...! quiero saber... yo no sé si mi hija ha muerto ó no: pero sé que ha muerto su asesino: si don Pedro Sarabia no esperó la justicia de Dios... me anticipé yo.

—¡Cómo! ¿se llamaba el cristiano que te ofendió don Pedro Sarabia?

—Sí.

—Don Pedro Sarabia fué quien deshonró, quien burló á mi Jacinta.

—Y Maravilla...

—Maravilla es hija de don Pedro Sarabia.

—¿Y de tu hija?...

—No... mi nieta está en la familia de Sarabia.

—¡Oh, Dios mio! ¿pues de quién es hija Maravilla?

—Debe ser hija de tu hija... debe ser tu nieta.

—¡Dios misericordioso! esclamó Juzef temblando todo: sí, sí... rubia era mi Amina... rubia como el oro, blanca como el marfil.

—Rubia y blanca era tambien mi Jacinta, y rubia y blanca es doña María Sarabia, contestó el Mastuerzo.

—¡Habla! ¡habla! repitió Juzef.

VI

—Hace diez y ocho años, dijo el Mastuerzo vivia yo en Toledo.

Un gran ejército de los Reyes Católicos que se acercó á la frontera del reino de Granada, se aposentó en la ciudad y en las villas de alrededor.

Yo era y soy chalan, é hice muy buenos negocios.

Un dia Don Pedro Sarabia, que era capitan de caballos, teniendo que partir dentro de poco para la frontera, fue á pedirme un poderoso corcel con el cual pudiese entrar sin temor en batalla.

Entonces vió á mi hija.

Se enamoró.

Ella se enamoró de él.

Yo no supe nada de estos amores hasta que mi esposa me dijo :

— Jacinta está deshonrada : Jacinta es madre.

— ¿ Y quién? esclamé ; es preciso que quien ha deshonrado á nuestra hija se case con ella.

— ¿ Y se sabe acaso quien es quien la ha deshonrado ? me respondió mi mujer : ella calla y llora.

Me encerré con Jacinta.

La amenacé, la aterré y al fin me dijo que el hombre á quien amaba era un poderoso señor castellano.

Un capitan de caballos de los Señores Reyes Católicos.

Don Pedro Sarabia, en fin.

Seis meses habian pasado desde que Don Pedro habia conocido á Jacinta.

Tres desde que habia partido á la frontera.

— Sí, sí... eso es... esclamó Juzef, y en la frontera hizo otra nueva víctima. ¡Maldígale Dios: continuad.

VII

Despues de algunos minutos de silencio, Mastuerzo continuó:

—Dios me perdone, pero creo que con mi rigor maté á mi hija.

Yo estaba desesperado.

Entre nosotros los gitanos, las mujeres livianas son mas despreciadas que entre los cristianos.

Y cuando una mujer gitana es liviana por un hombre que no es de nuestra casta, comete un delito de muerte.

Yo no maté á Jacinta porque la amaba con toda mi alma; pero para que nadie conociese su deshonra, me la llevé á Murcia con el pretesto de

que iba á comprar mulas, que estaria por allí algunos meses y que no queria separarme de la hija de mis entrañas.

Tomé una casa en un arrabal de Murcia, y en ella tuve encerrada, para que nadie la viese, á Jacinta.

Cuatro meses despues, es decir, á los diez meses de haber conocido Jacinta á don Pedro Sarabia, dió á luz una niña.

Murió al darla á luz.

El Mastuerzo se detuvo.

Habia pronunciado con un acento impregnado de dolor sus últimas palabras.

VIII

Yo creí morir.

Yo creí que todo para mí se habia acabado en el mundo.

¡ Oh ! ¡ ver muerta á una hija, á la alegría de nuestra alma, al amor de nuestras entrañas cuando aun no ha cumplido sus diez y seis años!

Y verla morir por consecuencias de un amor maldito, despedazada el alma, desesperada !

¡ Oirla llamar en su agonía al infame que la ha deshonrado, que la ha perdido !

¡ Y ver que vos, su padre, que llorais, que agonizais junto á ella no sois nada para ella !

¡ Que su último pensamiento, su último adios,

su último suspiro son para su asesino que ni aun siquiera se acuerda de ella!

—¡Se mata! esclamó roncamente Juzef; se mata sin piedad! se hace pedazos á puñaladas al infame corazon que ha alentado el deseo impuro que ha matado á nuestra hija!

¡Y despues de haber matado al miserable se siente una desesperacion horrible, porque no se le puede matar otra vez!

—¡Ah! ¡yo tuve miedo! ¡yo tuve miedo! ¡yo fuí un miserable! esclamó el Mastuerzo!

—¡Miedo de morir, cuando tenemos el alma muerta! esclamó Juzef! ¡ah! ¡los gitanos sois despreciables, descendeis de un perro y de una marrana!

—¡Oh! dices bien, dices bien... el padre que no venga á su hija, vale menos que un perro.

Y el Mastuerzo guardó de nuevo silencio.

IX

— Oculté cuidadosamente el alumbramiento de mi hija, y oculté tambien cuidadosamente á mi nieta, que entregué para que la criasen á una campesina que no nos conocia.

Pocos dias despues de haber enterrado á mi hija, partí á Toledo.

Allí dí la funesta noticia.

Nadie sospechó la menor cosa acerca de las causas de la muerte de Jacinta.

Nuestros parientes, nuestros amigos la lloraron mucho.

X

Algun tiempo despues fui á Antequera donde estaba el comendador Sarabia.

— Yo soy el padre de Jacinta, le dije.

— ¿Y bien, qué? me respondió con desprecio. ¿Vienes á recordarme un imperdonable pecado mio, porque el que mezcla su sangre con la sangre gitana no tiene perdon de Dios?

— Vos no lo tendreis porque habeis matado á mi hija.

— Si ha muerto, ¿qué tengo yo que ver con eso? ¿habrá de ser inmortal una mujer que nos ha entretenido algunos dias?

— Ha muerto dando á luz una hija vuestra.

—Mientes; un cristiano no puede tener hijos de una gitana: Dios no puede permitir que la ilustre sangre de los Sarabias...

—Vos habeis dicho que habeis cometido un gran pecado uniendo vuestra sangre á la nuestra.

—Dejadme en paz, me respondió, que ya me canso.

Y como yo insistiese, llamó á sus escuderos que para echarme fuera me maltrataron.

XI

Pero yo encontré mi venganza.

Yo, al salir de la casa del comendador, habia visto en una ventana del piso bajo del patio, una jóven mora, muy triste, muy pensativa, muy pálida.

— Esta debe ser otra, me dije.

Cuando el comendador la tiene consigo debe amarla mucho.

Yo me vengaré.

— ¿Y qué hiciste? esclamó de una manera terrible Juzef.

— Yo no hice daño alguno á tu hija, respondió el Mastuerzo, pero me quedé en Antequera.

Como era rico, compré á una criada de la casa del comendador, y supe que aquella mora que yo habia visto era la manceba de don Pedro Sarabia.

Que la habia robado de una alquería mora fronteriza, y que la jóven robada se habia enamorado ciegamente del comendador, que la adoraba.

Yo permanecí algun tiempo en Antequera, regalando mas y mas á la criada del comendador para que me sirviese mejor.

Al fin supe un dia que la mora habia dado á luz una niña, y que aquella niña era blanca y rubia, y que tenia los ojos azules.

Como mi nieta.

— ¡Ah!

— Sí... entonces pensé poner en el lugar de la una á la otra.

El comendador habia dado á criar su hija á una aldeana de las inmediaciones.

Yo fuí á la aldea, y con el pretesto de comprar dos pollinos al aldeano, entré en la casa y ví á la niña.

Se parecia mucho á mi nieta.

Cuando se ha pasado algunos dias sin ver á un niño recienacido no es fácil distinguir si se ha puesto en su lugar otro semejante.

Al menos, dije, mi nieta tendrá un padre ilustre.

Y partí, y tomé á mi nieta con su nodriza, y entré una noche en Antequera.

Mantuve ocultos ámi nieta y á su nodriza, y me fuí á acechar por dónde podia entrar de noche en la casa del aldeano, cuya mujer criaba á mi nieta.

— ¿E hiciste el cambio?

— Sí.

— ¿Y se equivocaron?

— Sí, puesto que vive doña María Sarabia; pero yo no sé cómo, doña María Sarabia se llame hija legítima de don Juan Sarabia y sobrina de don Pedro.

— ¡Oh! misterios, misterios que yo aclararé, dijo Juzef, levantándose: basta, ya sé todo lo que necesito saber, ya sé lo que debo hacer... ¿pero estás seguro de no haberte engañado... de que esa doña María de Sarabia es tu nieta?

— ¡Ah! ¡sí! mi nieta tenia un pequeño lunar

pardo en la garganta á la izquierda y una lijera señal bajo el ojo derecho: esas señales las tiene doña María.

— Ven, dijo Juzef; nada mas necesito saber.

Y echó á andar.

El gitano le siguió.

Cuando desembocaron en la rambla, Juzef tocó su bocina.

Apareció á poco Jacob.

— Llévate á ese, le dijo Juzef.

Y se volvió y á poco desapareció entre las espesuras.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DEL TOMO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO. — Algo sobre la antigua Granada. 1
CAPITULO II. — El arrabal de Faxalauza y el Cármen de la Alegría. 11
CAPITULO III. — Don Diego Sarabia y su hermana doña Elvira. 29
CAPITULO IV. — De lo peligroso que es, aun para los grandes ginetes, montar caballos de mucha sangre. 49
CAPITULO V. — De como por la caridad puede llegarse al amor. 69
CAPITULO VI. — Los amores del sacristan de la mezquita de los Beni-Zeytun. 91
CAPITULO VII. — De como una sucesion de circunstancias favoreció á Moavia aunque á costa de un crímen. 111

Capitulo VIII. — De como sin temor de Dios pueden calumniar los moribundos. 125
Capitulo IX.— ¡Pobre Maravilla! — Dos estraños hermanos. 161
Capitulo X. — Lo que habia sido de Maravilla. 191
Capitulo XI. — De como los que tienen por que temer deben vivir donde nadie lo sepa. 233
Capitulo XII. — En que se saben algunos antecedentes de la historia de Maravilla.. 249

PARIS. — IMP. SIMON RACON ET COMP., RUE D'ERFURTH, 1.

20053
LS.
F3674a
Author Fernandez y Gonzalez, Manuel
Tit El Alfiler de la Gitana. Vol.1.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

EDICION
DE
CH. BOURET